

EL NUEVO ES LABÓN

Alba Lobera



MundoViperino

**TODOS LOS DERECHOS
RESERVADOS.**

*Para mi amiga Tatiana, quien
siempre está ahí.*

*Para Mozartt y Trakolero, por su
incansable lucha.*

Para Lancelot, por su calor.

ATENCIÓN:

Este libro ha sido escrito para el mero disfrute del público, desde un humilde portátil y con la ayuda de muchos tés.

Espero que lo disfruten, rían, sientan y sepan disculpar los posibles fallos.

Lluvia en el aeropuerto

Una joven de cabellos rubios y ojos claros se observaba frente a un espejo circular, en la entrada de su casa. Se llamaba Tatiana, y en esos momentos portaba un vestido largo y fino, de color negro carbón. Algo escotado y con volantes grises, la tela parecía combinar brillos de un manto nocturno con cenizas de un crematorio. Y hablando de crematorios, Tatiana, residente de una modesta ciudad de España, debía ir a Rusia, a hacer acto de presencia a un funeral.

Su tía-abuela Agafya había fallecido a la edad de 75 años. La señora, rolliza y siempre con anillos brillantes entre sus dedos, era aficionada al tabaco y a los antidepresivos.

Jamás se casó y no se sabe nada de su juventud, pues al cumplir los 17 años decidió agarrar una maleta roja y una bolsa de plástico y no volvió a hablar con su familia.

La autopsia determinó que Agafya murió de un infarto.

Tatiana se miró fijamente a las pupilas a través del espejo. No conocía de nada a esa tía-abuela; pero ni ella la mayoría de la familia.

Nunca había ido a un entierro, al contrario que sus padres, que tuvieron que ver a lo largo de su vida cómo sus abuelos y algún que otro primo y hermano se marchaban para siempre.

No me considero una persona fría. Pensó ella. Además, el entierro va a ser muy extraño. ¿Cómo se supone que debo actuar? No quiero parecer grosera o egoísta, pero tampoco veo correcto ir con esta cara de indiferencia total.

-Tatiana, ¿puedes coger tu bolso?-Dijo la madre de la muchacha, mientras se acomodaba sus gafas de sol antes de desaparecer por la puerta.

Debían tomar un avión con rapidez. El coche estaba en marcha abajo, listo para acoger al resto de la familia para ir al aeropuerto.

Qué viento hacía.

La muchacha se atusó un poco el pelo y cerró la puerta tras de sí para bajar a la calle y se encendió un cigarro.

Hacía tiempo que quería dejarlo.

Incluso se había comprado un cigarrillo electrónico.

Pero hoy, Tatiana estaba especialmente triste, y le apetecía darse un capricho. Total, un día es un día.

Tatiana era una muchachita rusa que había dejado aparcados sus estudios y se dedicaba a investigar cierta documentación perteneciente a trabajadores del periodismo alternativo independiente.

Devoraba artículos, tesis, analizaba vídeos y luego, mientras disfrutaba de un buen sushi en silencio, sacaba sus propias conclusiones y de vez en cuando fantaseaba con marcharse lejos, muy lejos, a otro mundo.

La inspiración nace de la pasión. Pensaba la joven mientras se acomodaba en el asiento del coche de su padre. Entonces, ¿por qué sigo sin ganas de nada? Es como si un gran cúmulo de energía se hubiese llevado algo, una luz, una luz brillante que yacía en mi interior y que todos tienen derecho a tener... Menos yo, que no parezco digna de recuperarla.

-¡Tatiana, estás ocupando mi parte de la alfombrilla!

-¿Eh?

Su hermano pequeño, Sacha, le propinaba pequeños manotazos en sus pálidos hombros, al descubierto gracias a ese delicado vestido.

Peleas de hermanos, típico en una familia.

Hoy Tatiana no tenía ganas de contestar, prefería ahorrarse las palabras y mirar al firmamento mientras daba otra calada a ese delgado cigarrillo.

-¡Papá, he dicho que esa canción no me gusta!-Inquirió el chiquillo mientras se acariciaba el mentón.

La joven, por su parte, cruzó las piernas y durante unos instantes su atención se perdió en la pequeña pedrería oscura, incrustada en los tacones que llevaba. Dio otra calada y se relamió.

El aeropuerto estaba algo lejos, aunque eso no le molestaba a Tatiana. Ella estaba muy acostumbrada al eco de sus pensamientos, a sus ideas y opiniones internas.

¿Un apocalipsis zombie? Eso estaría genial.

¿Invasión alien? Oh, a ella le daría igual ser la mascota de algún reptil gigante; la cantidad de cosas que su mente aprendería serían infinitas.

-Tatiana, ¿llevas la horquilla que te regalé el mes pasado?-Preguntó su madre, rompiendo sus reflexiones en mil pedazos.

-...

-Imagino que la llevarás en el bolso, ¿no?

-¿Esta?

-Esa es. Póntela antes de bajar del avión, por favor.

-Sí...

Recordaba esa horquilla. Era un regalo de la prima de su madre. Tenía forma de orquídea y los trozos de hierro que simulaban los pétalos, tenían dibujadas líneas cargadas de purpurina plateada.

Tatiana iba preciosa con el último complemento a juego.

-Déjala en paz-dijo Sacha-nunca encontrará novio por mucho que se arregle.

La matriarca de la familia empezó a regañar a su hijo en ruso.

Qué pena que nunca sepas que a mí no me van los tíos. Pensó la joven. Donde esté una buena chica, con sus largas piernas y sus dos pechos bien firmes, que se quite un mulato musculoso. He visto tus revistas porno más que tú.

Aburrida de pensar en movimientos anti sistema y zombies con ropas harapientas, se visualizó a sí misma con un arco y una flecha.

Había empezado hace poco las clases de tiro con arco y no se le daba mal.

Su instructor, un joven moreno con varios años a sus espaldas, solía impregnar sus clases con frases filosóficas y refranes antiguos, algo que cargaba a la mayor parte de sus alumnos.

-¿No te aburres?-Volvió a hablar Sacha, resoplando, dirigiéndose a su hermana.

Ella negó con la cabeza y miró sus dedos.

-¿Y no quieres hablar de algo?

-¿De qué quieres que hable?

El chico se encogió de hombros y calló.

-Mamá-llamó Tatiana.- ¿podrías hablarme un poco de nuestra tía-abuela Agafya?

-¿De ella? Ay, mi niña...

La señora bajó el volumen de la radio del coche y se aclaró la garganta. Después de lidiar con Sacha, quien no quería perderse el solo de guitarra que estaban reproduciendo en la emisora, aquella mujer se acomodó en el asiento y empezó por el principio.

-Le perdí la pista a Agafya cuando ella tenía 17 años, igual que tú ahora. Siempre ha vivido con nuestra familia. cursaba unos estudios superiores de arte, y un día vino tarde a casa. Recuerdo que todos estaban preocupados el día que sucedió. Vino tardísimo. Su madre se puso en contacto con el centro,

creyendo que aún no había salido de ahí y ellos dijeron que no había asistido la mitad de su jornada.

-¿Por qué? ¿Se fugó?

-Nadie lo sabe. Agafya nunca había hecho novillos, si te refieres a eso. Y su grupo de amigas era muy responsable.

-¿Ellas no proporcionaron información sobre dónde pasó la mañana?

-No. No se dieron cuenta de que no subieron todas juntas a clase como hacían cada día.

-Pero la tía-abuela apareció, ¿no?

-Sí, lo hizo. Cuatro horas después de su llegada habitual a casa y con una mueca extraña.

-¿Y qué dijo?

-Nada.

-Pero...

-No dijo nada. Saludó a la familia y evitó cruzar más palabras con sus padres y hermanos. Después, empezó a hacer su maleta, una gran mochila roja. Y vació su cartera del instituto, guardando su contenido en una bolsa de plástico.

-¿Y luego?

La madre de Tatiana hizo un silencio. Volvió a acomodarse las gafas de sol y bostezó. Esa mañana había madrugado más de la cuenta, y el frío que acompañaba el ambiente aún le adormecía más. Con elegancia, reprimió otro bostezo para poder proporcionar con más rapidez respuesta a las cuestiones de su hija.

-Luego, Agafya insistió en que no quería guardar ningún tipo de relación con nadie.

-¿Y qué pasó después?

Tatiana tenía los ojos muy abiertos y estaba flexionada en el asiento, de tal forma que, con las piernas separadas, se había reclinado hasta el punto de pegarse a la espaldera de tela del asiento delantero de su madre.

-Después...

-¡A ver Tatiana, que no me ocupes mi parte de la alfombrilla!-Sacha rompió el silencio con sus pequeños gritos y alguna que otra palabrota.

La muchacha le atestó una pequeña bofetada.

-El caso... Es que cuando salieron todos a la calle, Agafya ya había desaparecido.

-¿Eh?-Tatiana volvió a golpear a su hermano después de que este intentase pisarle el zapato.

-Que Agafya se fue.

La muchacha recibió un último golpe en el hombro.

-Pero... ¿Cómo que se fue?

-Hija, que desapareció.-Repitió aquella señora.

-Pero mamá... Le verían correr al final de la calle. ¿No fueron tras ella?

-Que no cariño, que se esfumó.

-Pero...

-Y se acabó.

-Pero...

-Ya vale, Tatiana. No hay más que decir, tampoco sé mucho de ella. Sé lo que me ha contado la familia desde Rusia; todo esto sucedió cuando yo ya estaba en España.

¿Es que nadie pudo agarrarla del brazo y obligarla a la fuerza a dar al menos un par de explicaciones? Caviló la joven de cabellos rubios. ¿Y mientras Agafya hacía las maletas? ¿No se lo impidieron? ¿Y cuando salió a la calle? ¿De verdad desapareció?

Esas y más preguntas rondaron por la cabeza de la chiquilla. Pasó sus horas de viaje en silencio y meditando, como solía hacer a lo largo del día, sólo que esta vez más concentrada en ese nuevo misterio.

A Tatiana le fascinaban los misterios. Seducían su mente y aprisionaban sus emociones. La chica, de corazón sensible y tímido, soñaba con dar un giro a su vida escapando de las redes del sistema, y, ¿por qué no? Compartir ese giro con una persona en quien confiar plenamente.

Conforme se acercaban al aeropuerto, el cielo se oscurecía. Las nubes eran cada vez más voluminosas, debido sobre todo a la carga de electricidad. El sol había desaparecido prácticamente a pesar de las altas horas de la mañana, lo que obligó a la madre de Tatiana a guardar sus gafas negras.

El conductor del vehículo cambió de emisora y subió las ventanillas. Por su parte, Sacha se quejó del frío que empezaba a hacer en el interior del coche mientras se quitaba con los dedos unas diminutas gotas heladas de su nariz que habían entrado.

Tatiana se acurrucó más en el asiento y apoyó las manos en el regazo.

-Supongo que no hará falta decir que debéis comportaros como es debido y mostrar respeto y seriedad aunque nunca hayáis tenido trato alguno con vuestra tía-abuela Agafya, ¿verdad?-Dijo el cabeza de familia con voz ronca.

Los chiquillos asintieron con suavidad, mirando a la nada.

-Bien.

La mañana se consumía como el humo que Tatiana exhalaba de sus cigarrillos.

El plan era simple: dejar el coche en el garaje de un familiar y a partir de ahí, tomar un taxi para ir al aeropuerto.

Y así sucedió.

Tatiana pasó el resto del viaje durmiendo en los asientos del avión. Ni si quiera notó el hecho de que su madre le retiró los cascos y apagó su mp4.

Por su parte, Sacha sacó una revista y la ojeó repetidas veces. Charló con su madre y después de pedir un refresco a la azafata, fue al baño.

Parte I

Dinastía

Tatiana se encontraba de pie, tocando con la punta de sus tacones unas pequeñas piedrecitas del suelo y algo de tierra húmeda. Llevaba gafas de sol a pesar de que las nubes ocultaban los rayos de luz. Tenía las manos frías y el cabello algo despeinado.

La joven no era muy amiga de las gafas oscuras a diferencia de su madre. Sin embargo, ella agradeció tener el rostro medio tapado, pues así no se sentía tan expuesta de cara a algunos desconocidos que rondaban por el cementerio. No tenía que preocuparse por el contacto visual y además, le daba un aspecto serio, acorde con la situación, sin tener que esforzarse demasiado. Sólo dejar los labios relajados y permanecer inmóvil.

El silencio que reinaba por el camposanto acompañaba los chasquidos y chirridos de un gran vehículo adornado con una corona de flores

Sacha estaba mirando al suelo, parecía que estaba contando los minutos que quedaban para irse de allí, y el matrimonio se encontraba cogido de la mano, en silencio.

El entierro fue muy incómodo. Las personas parecían robots, se movían por inercia y no había sentimiento alguno, ni si quiera empatía.

Era evidente que los visitantes estaban allí por educación y costumbres y no por aprecio a la difunta.

Agafya murió sin hijos y soltera, después de estar décadas sin dirigirse a ningún miembro de su familia. Cuando la tía-abuela se sentía en las últimas, hizo su testamento y pidió que se reuniesen a toda su familia para su sepultura.

Tatiana se sentía relajada. No hacía mucho frío ese día y la calma de la situación le incitó a dejar la mente en blanco. Ella, acostumbrada a reflexionar a cada segundo, hizo una excepción y se abandonó al ambiente tácito.

Observó con sus claros ojos cómo el vehículo abría su puerta trasera y varios hombres portaban el féretro de madera oscura, brillante y bien pulida. Tenía algunos detalles en dorado y una placa de mismo color con su nombre grabado en un lateral.

La familia parecía una especie de ejército mudo, y sin vida.

El padre de Tatiana reunió a su mujer y a sus hijos con disimulo y discreción.

-Ahora iremos a casa del tío Berdy. Él ha preparado todo.-Anunció sin apenas mover los labios.

Después del funeral se ofreció una recepción en casa de Berdy con comida y bebida.

Tatiana saludó con timidez y flojedad al resto de la familia, quienes alababan su belleza y su desarrollo como mujer.

El tío Berdy era uno de los hermanos más cercanos a la tía Agafya.

-Quedaos a dormir en mi casa, Dimitre-dijo él al padre de Tatiana.-, No es justo que, después de un viaje tan largo, tengáis que volver tan deprisa a ese país de paellas y toros.

-Gracias Berdy-Respondió aquel hombre de entradas canosas.-, pero no queremos molestar. Hemos pensado en coger un hotel...

-¡De eso nada!-Exclamó Berdy mientras ofrecía unas crepes sin relleno a Sacha, quien deambulaba por ahí.- Insisto, no es justo. Qué menos, somos familia, Dimitre, hay camas de sobra. Sacha, come, estás muy delgado.-El chaval negó con la cabeza.

-¿Estás completamente seguro de que no es molestia? Sacha, no le hagas feos a tu tío. Este niño está españolizado. Cómete la crepe. Las ha hecho tu tía con toda su ilusión.

-Para nada es molestia. No obligues al niño, estará agotado del viaje y tendrá el estómago raro. ¿Quieres un poco de té?

-No, gracias.-Dijo el chaval mientras intentaba evadirse con educación.

-Bueno, Sacha ya ha acabado los exámenes, y nosotros tenemos días libres en el trabajo por el entierro. Pensábamos reincorporarnos al momento, pero no quiero meterles muchas horas de vuelo.

Los familiares se arremolinaban en grupos. Había música ambiental y la casa olía a lavanda. La esposa de Berdy, Katenka, era aficionada a las velas y al violín.

-Tatiana, cielo. ¿Puedo hablar contigo?-Dijo ella.

-Sí, tía.

Katenka llevó a su sobrina a un saloncito de madera, pequeño y oscuro.

Había una roída alfombra oscura, tan fina y gastada que parecía de papel, casi transparente. También había un pequeño espejo pegado a una pared decorada con esculturas doradas y negras.

Katenka encendió una vela morada con una cerilla y se acomodó. Aquella mujer, con la cara salpicada de sabiduría, se sentó cuidadosamente sobre el

silloncito naranja. De carnes rollizas y labios pequeños, se agarró de las manos colocándolas sobre su barriga.

Esa postura, cómoda y a la vez refinada, hizo ver a Tatiana lo elegantes que eran las mujeres de su familia. Nunca iban emperifolladas, les gustaba la discreción, y siempre hablaban de temas poco comprometedores.

Katenka, en concreto, se caracterizaba por ser una amante de la música de Vivaldi y de las novelas románticas francesas.

-¿Quieres un poco de té, querida?-Dijo ella, con su tosca voz, mientras sostenía una taza celeste.

-Sí, por favor.-Pidió Tatiana mientras intentaba imitar la postura de su tía.

La humeante taza estaba algo resquebrajada, y las flores que tenía dibujadas, de color rosa, se encontraban descoloridas y faltaban algunos pétalos.

-Querida, ¿qué tal si te quitas esa horquilla? Es preciosa, pero ahora estamos entre amigas-le guiñó cuidadosamente uno de sus ojos plateados tras esas gruesas gafas-, y aquí puedes ponerte cómoda.

A pesar de la retraída negativa de Tatiana, Katenka alejó las tazas y se incorporó. Alargó sus brazos, agitando con cuidado las mangas negras del vestido que llevaba, y quitó con habilidad la horquilla de los rubios cabellos de su sobrina.

-Esta pinza se la regalé yo a tu madre, querida. Por eso sé lo que es llevarla varias horas seguidas.

Tatiana agradeció con la mirada el detalle de su tía, y ya más cómoda, no reprimió sus ganas de rascarse ese lado de la cabeza.

-Y sé que al final acaba aplastando el pelo.-Sonrió aquella señora mientras le ahuecaba la cabellera a la joven.

-Dámela, tía. La guardaré en el bolso; no quiero que mi madre me regañe.

-No te preocupes por tu madre. Tus primas están ayudándola. Están preparando las habitaciones, esta noche dormiréis aquí. Tenemos mantas de sobra y nos encanta que nos acompañéis. La última vez que te vi tenías cinco años.-Sonrió Katenka, con aire nostálgico.-Entonces me pedías que te prestase a mi muñeca, la que tenía ojos de botón.

-¿Esa que tienes desde niña?

-Sí. La llamé *Simmons* en honor a una historia inspirada en Francia.

-¿Dónde la compraste?

-Me la hizo mi abuela cuando... me vino el período por primera vez.-Rió.-Me dijo que, aunque ya fuese una mujer, nunca dejase de soñar y de ilusionarme como una niña.

Tatiana sonrió. Katenka vivía a cientos de kilómetros de su lado, pero se le veía diferente. Le habían enseñado a guardar unas formas, pero la chiquilla estaba segura de que sus pensamientos encerraban alguna que otra aventura íntima. Siempre se había sentido cómoda a su lado cuando era pequeña.

-Y en parte, no he dejado de hacerlo. Mírate, Tatiana. Eres toda una mujer ya, aunque la gente no te vea así.

Y aun así, me siento muerta por dentro. Quizá lo esté. Pensó la muchacha, disminuyendo su atención.

-Tatiana. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, pero no sé por dónde empezar.

No me gusta mucho hablar con la gente.

-Empecemos por el principio, querida.-Sugirió Katenka con calma.- Me recuerdas a mí, ¿sabes?

-¿En serio?-Preguntó la chica mientras cogía su taza.

-Estás buscando ese puzle en el que encajar, ¿verdad?

Esa frase hizo a Tatiana levantar la mirada.

Bueno, quizá sea una frase hecha. Todo el mundo dicen lo mismo. Eres especial, distinta, puedes hacer grandes cosas y esas tonterías. Pero tú no me conoces. Y no tengo muchas ganas de centrarme en conocer a otra persona.

-Lo que no sabes es que en los puzles hay piezas que a veces sobran, que no pertenecen al rebaño, y que prefieren vivir aventuras para crecer mejor interiormente.

En las películas, cuando una pieza no encaja, suelen darle forma con unas potentes y afiladas tijeras.

-Seamos francas, querida... Yo también he tenido tu edad. Y cuando cumplí los dieciocho, fui a Francia a practicar mi francés mientras me sacaba un dinerito trabajando como asistente doméstica. Mi madre tenía miedo de que me pasara algo peligroso, ya que no conocía a la familia que me acogió.

-Pero, ¿con dieciocho años no estabas prometida con el tío Berdy?

Katenka asintió.

-¿Y?-Susurró con misterio su sobrina, abriendo los ojos y apretando ligeramente la taza.

-Bueno, digamos que mi primer beso no me lo dio Berdy.

Ese comentario dejó sin palabras a Tatiana.

-Emmanuel era el hijo del señor de la casa.

-¿Y?-Repitió Tatiana.

-Pues que no sólo tenía unos labios cálidos y apetecibles, sus manos me hacían sentir muy deseada.

¿Qué intenta decirme esta mujer?

-Por supuesto, Emmanuel y yo no pasamos de besos y caricias... Y algún que otro... Ay, buffff...-Katenka sonrió ampliamente- Cada vez que recuerdo sus largos brazos apretándome contra ese esbelto y moreno cuerpo mientras sentía su perfume y sus labios buscando mi cuello...

Tatiana agachó la mirada y tragó saliva.

-Pero... Tía... El tío Berdy...

-Querida.-Interrumpió aquella mujer mientras miraba con cariño esa horquilla negra.- Mi único deber era trabajar y reservarme para tu tío Berdy. Y eso hice. Lo que pasó en París, en París se quedó. Ya te digo yo que aprendí a hablar muy bien la lengua, Tatiana.

Toma ya. La refinada de mi tía guarda muchas historias. Es... Como si hubiese querido hacer una novela de su vida. O al menos, acumular una serie de recuerdos para coserlos y tener una gran sábana con la que dormir cuando la soledad y los malos momentos acudan a ella. Al fin y al cabo, este tipo de temas no serían aceptados por la familia.

-¿De dónde te crees que saqué esa horquilla, querida?-Preguntó Katenka después de dar un largo sorbo de té.- Emmanuel estaba tan triste de que se acabase mi trabajo, que me dijo... Una flor... Para otra flor... ¿De qué color es la horquilla?

-Negra.

-¿Y de qué color es mi pelo?

-Rubio.

-Me dijo que de los dos, yo era la mejor parte. El llevar yo algo negro que contrastase con el color de mi pelo, simbolizaba para él su esencia y la mía. Dijo que yo era yo, y que la flor negra era él. Que llevando esta horquilla, yo nos llevaba a ambos.

-Vaya...

-Que fuese a donde fuese, nunca nos separaríamos.

-¿Y le echas de menos, tía?

Katenka dejó la taza en la mesa.

-He pensado muchísimas veces en él. Pero jamás volvimos a establecer contacto. Le envié una carta... Pero nunca me respondió. Cuando estás frente al fin de algo, a veces es mejor cerrarlo y dejar las cosas como están.

-¿Te hizo daño?

-Bueno, yo tenía dieciocho años...-Katenka se encogió de hombros.- Son cosas que pasan.

Tatiana sonrió para sí. No se esperaba nada de esto.

-El caso, querida, es que una no sabe por dónde le van a venir las sorpresas, tanto buenas como malas. Y que las mejores aventuras son aquellas que no puedes contárselas a nadie, ¿no crees?

-¡Sí!-Dijo, y sonrió.

-Bueno, ¿y tú qué? ¿Algún Emmanuel en tu vida? ¿O quizá todavía no te ha llegado el momento?-Susurró.

Tatiana sonrió con timidez y acarició el borde de la taza con sus pálidas yemas.

-Tiempo al tiempo.-Apuntó la señora mientras se echaba más té.

-El caso... Es que los jóvenes no me llaman mucho la atención.-Dijo Tatiana en voz muy baja.

-Aham.

-Y... Eso.

-¿Eso?

Tatiana se encogió de hombros.

-Eso no significa que no haya una *Emmanuela* por el mundo para ti. ¿Quieres un pastelito, querida?

Katenka era una mujer culta, refinada ¡y de mente abierta!

-No, gracias...

-Y... Hablando de todo un poco... ¿Tienes algún sueño que te haga labrarte cierto camino?

La joven volvió a encogerse de hombros. Se le aceleró ligeramente el pulso, ya que había dejado los estudios y no tenía intención de buscar trabajo, y este tipo de temas le incomodaban un poco.

-¿Y eso?-Insistió.

-No hay nada que me guste.

-Eso es imposible. Seguro que algo habrá que te guste hacer.

-No hay nada que me guste.-Repitió.

-Cuando dices eso, ¿eres consciente de que el mundo no se limita a las reglas sociales, verdad? ¿Que sabes que hay más salidas que las que nos cuentan, no?

-Ya, supongo...

-Bueno. Poco a poco. Estamos teniendo una charla productiva, ¿eh?

Tatiana se fijó en que había un reloj de arena al lado de una estantería. ¿Guardaría otra historia secreta, como la de la horquilla?

-Tía, ¿quieres quedarte la horquilla?

-¿Crees que debería, querida?

-No lo sé.

-Bueno. ¿Qué tal si, mientras te lo piensas, me la guardas tú? Siempre puedes hacer otro viajecito a Rusia, ¿no?

Tatiana apuró su té. Katenka, mientras tanto, miró la horquilla con una mueca melancólica.

-Los recuerdos acaban siendo algo amargo. Nada es para siempre, ni si quiera la felicidad. La felicidad es como una semilla. Si no la cuidas bien, por mucho que la reserves, se pudre. Se vuelve insípida, sosa. Y pesa. Los recuerdos felices, si no se llevan bien, pesan.

Yo tengo la impresión de que el guionista de mi vida está borracho.

-En una ocasión, leí por ahí que el placer de enamorarse reside en que en un solo paso nos lleva a cerrar los ojos al mundo y abrirlos al cielo, querida.

-¿Emmanuel te ocasionó algún problema importante de cara a la familia?

-No. Pronto comprendí que lo mejor para ambos... Bueno, yo a él no le conocía realmente-sonrió la tía mientras agachaba la mirada-. Lo mejor para mí fue dejar las cosas tal y como se quedaron. Con el recuerdo y la ilusión. Además- alzó la voz y apretó sus puños- él sólo se fijaba en mi figura y mis labios, no sabía nada de mí.

-Ah...

-Sé que puede parecer muy llamativo el hecho de que se fijen en tu cuerpo y no en tu mente, pero créeme cielo... A la larga comprendes que un halago a tu personalidad vale más que cien cumplidos por tu aspecto. Que te valoren como persona y no como un florero.

-Supongo.

-¿Si Emmanuel me hubiese llegado a conocer, habría querido ser mi novio formal o me habría rechazado? Porque ambos nos veíamos como juguetes. ¿Y si yo hubiese sabido llamar su atención? Yo habría dejado a tu tío Berdy y me habría casado con Emmanuel en París, y esta conversación entre tú y yo jamás habría existido.

Tatiana se quedó callada. Empezó a canalizar esas palabras. Era evidente que la forma de hablar de su tía sabía atrapar, su rústica voz y las palabras que empleaba, entrelazaban perfectamente y se ajustaban a su entonación, una entonación pausada y con un toque pícaramente exquisito.

-Y si esta conversación nunca hubiese existido, yo no podría darte esto...

Katenka retiró la mesa con cuidado, vigilando que la alfombra que había debajo no se doblase demasiado.

Se levantó con cuidado y lentitud, apoyándose rápidamente en su pierna izquierda.

Tatiana ayudó a su tía a incorporarse para después acomodarse más en el sillón.

-A ver... Lo tengo por aquí, querida...

La mujer se recolocó las gafas y empezó a buscar en los cajones de una estantería.

Los gritos de una mujer estallaron en la habitación de al lado. Tatiana se levantó rápidamente, asustada, abriendo mucho los ojos y haciendo ademán de salir corriendo. Por otro lado, Katenka, un poco más mesurada, hizo un gesto a su sobrina para indicarle que se quedase quieta en su posición. Cerró el cajón con tranquilidad y le susurró que se sentara conforme salía de la habitación.

Palabras sueltas en ruso inundaron la casa. Era como si una aprendiz de soprano estuviese poseída. El resto de habitantes del hogar enmudecieron sus bocas; los chillidos de esa señora desconocida bañaban las paredes de esa vivienda y las mentes de los invitados.

Tatiana salió del salón sigilosamente para investigar.

El tío Berdy se había lanzado contra una de las primas de su madre. Él se encontraba intentando inmovilizarla, tirado sobre ella en el suelo. Llevó sus manos a su camiseta blanca, impecable y perfumada, y la rasgó con tal fiereza que en pocas milésimas de segundo los botones que la unían salieron disparados, obligando al resto de familiares a cubrirse el rostro con las manos e incluso a encogerse.

Sacha contemplaba fascinado la reacción de esa prima, aferrándose a la mano de su madre.

Berdy se quitó la camiseta e intentó doblarla de tal forma que parecía una gruesa tira de tela, simulando una cuerda. De este modo pudo amordazar a aquella mujer, de esquelética figura.

Katenka se aproximó a esa mujer con un sobre de tela pequeño entre sus manos. Lo rompió con sus uñas y frotó sus dedos con esos delicados polvos que contenía. Después, untó el rostro de esa señora con sus manchadas manos, sin olvidar su nariz y su boca.

A los pocos segundos, la escandalosa familiar dejó de gritar y de moverse.

Berdy resopló. Estaba sudando. Se levantó rápidamente y, mientras otras personas le ayudaban a recoger los botones arrancados, procuró tapar su torso con la blanca tela.

Katenka, quien apenas tenía agitado el pulso, fue rápidamente a humedecerse las manos con el grifo que había en la cocina.

Tatiana rodeó la sala para ir al lado de su madre, pasando desapercibida ante ese grupo de personas que seguían paralizadas y con muecas de intriga debido al suceso. Ni si quiera el silencio roto por el ruido de sus tacones parecían volver a la gente a la realidad.

-Querido-dijo Katenka dirigiéndose a quien debía ser el esposo de esa mujer que estaba en el suelo-, ¿por qué no me ayudas a levantar a Unka? El suelo no está muy limpio después de haber tenido que aguantar nuestras pisadas tras el cementerio. Y creo que debería descansar.

Tatiana quiso ayudar a su tía Katenka pero no lo consideró apropiado. Las mujeres adultas se propusieron sobrellevar la situación.

A los pocos minutos el tío Berdy volvió con otra camiseta.

-Estimados familiares.-Dijo el tío Berdy mientras sus sobrinos le daban algunos botones.- Es muy agradable teneros aquí, pero creo que deberíamos dar por concluida la reunión.

En unos pocos minutos, la casa quedó vacía.

Las personas cuchicheaban conforme se ponían sus abrigos y salían ordenadamente, preparándose para aguantar las bajas temperaturas de la ciudad.

Sacha recogió un botón y volvió junto a su padre, quien le agarró cariñosamente del hombro y le condujo a otro salón más amplio.

Su madre fue a la cocina y empezó a lavar los pocos platos que se habían utilizado durante la comida. También recogió unas servilletas y las desechó con rapidez.

El tío Berdy estaba hablando en otra habitación con el marido de aquella mujer tan escandalosa, y Katenka estaba arropando cariñosamente a la afectada por ese ataque de ansiedad.

Tatiana entró con pusilanimidad a la cocina.

-¿Mamá?-Empezó ella, sentándose en una silla acolchada.

-Sí.-Contestó mientras abría el grifo nuevamente y humedecía un vaso.

-¿Qué ha pasado?

-A mi prima Unka le ha dado un ataque de ansiedad.

-Pero, ¿por qué?

La señora, callada, terminó de limpiar el vaso y agarró un plato con manchas claras.

-¿Por qué a la tía Unka le ha dado un ataque de ansiedad?

-¿Qué has hecho con la horquilla?-Gritó su madre al girarse y ver que los cabellos de su hija estaban completamente sueltos. Un mechón le tapaba un ojo.

-Está en el bolso.

-¿Y por qué te la has quitado?

-Me la ha quitado la tía Katenka. Mamá, ¿por qué a Unka...?

-¡Haz el favor de ponértela ahora mismo! Vamos a ver-cerró el grifo y soltó el plato, ignorando su sonora caída contra la pila-, ¿es que no eres capaz de permanecer limpia y comportarte como una adulta?

-Pero...

-¡No puedo contigo! ¡Estás siempre callada y aislada en tu habitación y ni si quiera eres capaz de hacerme el favor de ir arreglada en un entierro!

¿Qué pasa, no quieres responder a mi pregunta? Quizá la tía Katenka me responda. Ella sí me contestará, o al menos fijo-fijísimo que me da una pista. Si lo llego a saber...

-Pero, ¿qué está pasando aquí?-Gritó el tío Berdy.- ¿Qué hacéis aquí? Deja eso... No hace falta que friegues, ahora lo recogemos. ¿Por qué no vas a la habitación y te pones cómoda? Katenka te ha prestado uno de sus pijamas. Ve a ver si te gusta. Tatiana...-Añadió él en voz baja, aproximándose a ella después de que su madre saliese- ¿Qué ocurre?

-Nada.-Musitó, con los ojos húmedos después de las viperinas palabras que acababa de escuchar.

-¿Ha pasado algo malo?

-Sólo quería saber qué le ha pasado a la prima Unka, estaba algo preocupada por ella.

-A Unka le ha dado un ataque de ansiedad porque alguien le ha dado una mala noticia, pero nadie sabe quién ha sido ni qué le han dicho. Sabemos que ha estado hablando con todas las mujeres, pero ha habido un momento que se ha alejado, ha empezado a murmurar y se ha puesto así.

La suavidad de Berdy alivió a la joven.

Él no era un hombre amigable de la suavidad y el tacto, siempre se había caracterizado por ser alguien impulsivo, un poco rudo e incluso inoportuno, por eso Tatiana sonrió involuntariamente y levantó sus ojos brillantes sin ocultar su ligera tristeza.

A pesar de la edad, los mimos vienen bien de vez en cuando.

-Compartirás dormitorio con Sacha, ¿vale? Es el segundo a la izquierda.

-Vale, tío.

-Voy a lavar los platos, ¿qué tal si te pones cómoda?

Pasaron los minutos.

Tatiana estaba en el dormitorio. Acababa de discutir con su madre porque no quería bajar a cenar. La familia insistió en que se sentara con todos y picase algo, pero ella se mantuvo firme y argumentó que no tenía hambre.

-¡Esta niña siempre está en su mundo, no sé cuándo va a crecer!

-Dejadla ya, estará cansada y querrá dormir.

Dejando tras de sí una oleada de críticas y opiniones, Tatiana recorrió el pasillo ignorando los antiquísimos cuadros con grabados polvorientos que colgaban de los muros y cerró la puerta tras de sí.

Al menos aquí nadie me podrá molestar. Dios, es que ni yéndome a otra habitación puedo dejar de oírles. Qué pesados, ¿qué más les dará? ¿Y qué? ¿Les obligo yo a unirse al vegetarianismo como yo? ¡No! ¡Jamás me meto en su dieta llena de trozos de viejos cartílagos de ternera o pollo! Si os gusta inyectaros transgénicos a base de tenedor y cuchillo me parece bien, pero dejadme en paz.

¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Dejadme, dejadme, dejadme, dejadme, dejadme!

Tatiana cogió su bolso y, sentándose en el borde de la cama, lo abrió. De él sacó un trozo de papel; un fragmento de revista en el que se veía a una esquelética modelo, de facciones duras y apáticas, ojos de un gris casi blanco y piel lechosa, cabello lacio y peinado frívolo, portando una simple prenda casi transparente que apenas cubría su anatomía femenina.

Jamás...jamás seré como ella. Pensó mientras la miraba.

Era como si su alma quisiese salirse de sus cuencas, sin importar dejar huellas lacrimógenas. Acarició la foto con sus dedos y desvió la mirada. Se quedó un rato pensativa.

¿Por qué había chicas que conseguían fácilmente aguantar la línea? ¿Por qué sus huesos no eran tan anchos? ¿Y los músculos? ¿Y cómo es que no tenían el pecho tan grande? Esos pies tan delicados, esa cadera en la que sobresalen los huesos... Y su cara.

¿Y por qué todas siguen las normas y los estereotipos? ¿Y si yo volviese a ser una niña? Antes no me importaba mi aspecto, ni mi ropa, ni lo que pensarán de mí.

Tatiana contempló su muñeca. Conocía a chicas que tenían su cúbito y su radio tan estrechos que parecían propios de fantasmas de porcelana, y a la vez personas con el hueso tan ancho e incluso más que los de ella.

Todas son mejores que yo. Yo no tengo a nadie.

Los complejos devoraban los sueños y la felicidad de la joven. No le gustaba maquillarse, pintarse las uñas, perfumarse ni hacerse peinados, pero eso no significaba que descuidase su higiene, ya que odiaba ir con el cabello graso o los dientes sucios.

También odiaba salir de casa, pues siempre le daba la impresión de que todas las miradas públicas se centraban en ella para desfogar sus carcajadas desde su ser hasta su sombra.

Tatiana no derramó una sola lágrima, pero sintió tal grado de pesadez en el pecho que deseó arrancarse las entrañas y chillar hasta caer agotada.

Necesito alcohol. ALCOHOL. Una buena botella de... Me da igual, sólo quiero alcohol, beber y perder el sentido, y estar aquí con otra chica, y te juro que... Te juro que se lo comía todo ahora mismo, le haría chillar de placer, me suplicaría más, me...

La chica soltó un grito que ahogó con sus manos, tapándose con brusquedad la boca de un solo manotazo.

Quería evadirse. Era el momento, pero a la vez no lo era, pues no estaba en el lugar adecuado.

Maldijo a su familia por llevarle lejos del santuario que era su habitación, y guardó la foto con delicadeza en su bolso. Después lo lanzó a una esquina y se dejó caer en el delgado colchón de muelles de la cama.

Se quedó unos eternos minutos mirando el techo. Un techo. No tenía ningún tipo de preocupaciones. Siempre estaría ahí. ¿Por qué las personas no son tan buenas como el techo? Permanecen junto a la gente, dan cobijo y escuchan sin interrumpir. Son pacientes. Y nadie los valora. Cada cosa tiene su cualidad y su ventaja, ¿y ella? ¿Qué tendría ella? ¿Y por qué no encajaba en su vida? En su propia vida, eso sí que era triste. No encajar en tu propia vida.

Tatiana se quitó rápidamente el vestido para ponerse el pijama que su tía le había prestado. Se descalzó, dejando los tacones a un lado de la cama. El vestido lo colgó en una percha.

Respecto al pijama, el pantalón le quedaba ancho, pero los botones de la camiseta le apretaban debido a su desarrollado busto.

QUIERO OPERARME Y QUEDARME PLANA.

Se llevó las manos a la cabeza. Sintió cómo la sangre de su cuerpo hervía y se agolpaba en sus mejillas.

Cientos y cientos de palabras espesas corrían entre los pensamientos de la chica. Eran tan ruidosas que no le permitían ni percibir los propios latidos de su corazón en los oídos. Ni si quiera escuchaba a su familia en la habitación de al lado.

Respiró profundamente.

Descubrió hace tres días que eso le aliviaba. Era como si ordenase a su cuerpo detenerse para existir un poco más. Como una inyección que paralizaba sus emociones durante unos segundos, como si sus latidos saliesen de su carne y rozasen un manto de vida que se encontraba más arriba.

Y entonces, se obligó a dejar la mente en blanco.

Era fácil, si no podía detener las voces de su cabeza, concentraba su atención a un objeto cualquiera y dibujaba con su mirada el contorno del mismo.

El picaporte giró.

Era Katenka, que traía un plato con una manzana y varias fresas.

Se había desmaquillado a profundidad, tenía el pelo recogido en un despeinado moño y portaba un camisón recatado y grisáceo.

-¿Qué tal te va la noche, querida?

-Ah... Hola, tía.

La mujer sonrió. Cerró la puerta y se sentó al lado de su sobrina, con cuidado de no tirar la fruta.

-¿Me acompañas?-Sugirió, ofreciéndole una fresa.

-¿No deberías estar con...mis padres?-Respondió tenuemente tras una ligera pausa.

-Ellos están muy bien sin mí. Berdy está contando lo que le ocurrió cuando estuvo a punto de graduarse.

-¿Cuántas veces va a contar esa anécdota?

Katenka se encogió de hombros.

Unas risas masculinas inundaron parte de la casa.

-...El caso es que mi mejor amigo me dejó de lado sólo porque uno empezó a hablar de mí porque no soportó el hecho de que yo aprobase con más nota su asignatura-la voz del tío Berdy resonaba por toda la cocina mientras acariciaba su copa de vodka-, y, ¿sabéis qué? ¡Me dolió!-Gritó más aún mientras estallaba en ruidosas carcajadas- ¡Me hizo sentir mal! Me hizo sentir tan mal que estuve quince días sin lavarme. Quince días, ¿os lo imagináis?-Insistió, levantando la voz entre las risas y los aullidos de aversión del resto de familiares.- Mi esposa, por entonces mi novia, no se atrevía ni a darme un abrazo... ¡Ni un beso! Estuve varios días escupiendo trozos de comida que se soltaban de mis encías y...

Anocheecía rápidamente. El frío se abría paso entre las nubes, y el aire golpeaba las ramas de los árboles y las negras farolas que decoraban la orilla de las calles, vistiendo las calzadas con una red de suave luz que invitaba a la nostalgia y a los paseos silenciosos.

-Vamos cariño, come un poco.-Exhortó, meneando en círculos el plato azul delante de los ojos de la chica.-Muy bien-sonrió al ver cómo cogía una fresa.

Tatiana desvió la mirada y dio un suave mordisco a esa membrana rosa. La picante dulzura de las carnes afrutadas le reconfortó.

-Deliciosa, ¿verdad, querida?

-Sí.

-La comida ayuda a que el mundo no te destruya. Estimula la mente y anima a las defensas. ¿No crees que esto es una buena arma?

Eso será si tienes unas medidas de infarto y todo te queda bien.

-Piénsalo, querida. ¿Qué mejor forma de luchar contra el sistema que contradecir sus normas?-Katenka agarró la manzana con avidez.-Dicen que está malo que una mujer coma, ¿no? ¡Pues mira!-Canturreó antes de clavarle sus irregulares y pequeños dientes, ignorando que unas pequeñas gotas le sobresalían de la comisura de sus finos labios.

Eso ha estado bien... Pensó Tatiana mientras se metía la fresa entera a la boca.

-Y ahora, cielo-continuó Katenka mientras tragaba los trozos con algo de dificultad-, creo que tú y...-tosió por el esfuerzo- y-yo tenemos una charla pendiente, en la cual yo te...-volvió a toser y limpió unas pocas lágrimas que le caían del ojo izquierdo- buf, qué mal rato...-tomó aire y repitió- Tenemos una conversación a medias.

-Cierto. Creo que ibas a enseñarme algo.

-A enseñarte no, querida. A darte.-Corrigió, guiñándole un ojo.

La mujer dejó el plato en el regazo de su sobrina y hurgó en uno de los bolsillos con volantes de su fino camisón.

Soltó un pequeño gritito de entusiasmo y abrió sus ojos con un brillo de alegría al sentir el tacto del objeto.

-Esto es. Justo. Perfecto para ti.

Katenka sacó un cuaderno pequeño. Tenía una tapa dura, de seda, roja y con lustrosas flores. A la derecha había un unicornio gris estampado, con rostro guerrero y muchos detalles, bien marcados. Sus cabellos estaban algo alborotados y contaban con purpurina blanca en las puntas de sus mechones.

-¿Un cuaderno?

-Tatiana... Se te ve una persona reservada y discreta. Seguro que por esa cabeza hay miles de ideas que no compartes, y sentimientos que escondes. ¿No te gustaría tener un leal amigo, aunque fuese de papel?

La chica no contestó. Se quedó mirando aquel cuaderno.

-Necesito que guardes el secreto, querida. Al igual que guardas tus emociones y reflexiones. Al igual que atesoras tu filosofía, necesito que cuides bien de este cuaderno y no se lo enseñes a nadie.

-A nadie...-Repitió Tatiana como una sentencia.

-Era de tu tía Agafya. Lo ha heredado su hermano, el tío Berdy. Él me ha dicho que era algo demasiado femenino para él, y que plasmar su grafía entre estas páginas sería un sacrilegio.

-¿Eso ha dicho el tío Berdy?-Preguntó Tatiana, incrédula. Esas palabras eran demasiado delicadas como para salir de la boca de ese hombre.

-Bueno, más o menos.

Se hizo un silencio. El reloj que había colgado en la pared latía.

-Ha dicho que no le gustan las mariconadas.-Confesó la anciana mujer.

-Eso ya me cuadra más.

-En resumen... Era de Agafya, querida, de regalo para mi Berdy. Me lo ha dado a mí, pero... Yo ya no estoy para trotar entre estilográficas y viejos pensamientos.

-Pues... No sé qué decir, tía... No sé si de verdad yo debería tenerlo y...

-Debes.-Dijo con firmeza, mientras se lo clavaba en el costado.- Debes tenerlo, yo no lo quiero, esto es para un alma joven. Tómallo. Para ti. Quiero que lo tengas.

-Pero... Ni si quiera conocía a Agafya.

-Con más razón. Sabrás aprovecharlo sin dejarte llevar por las emociones, sin influenciarte por recuerdos. Y tienes más derecho que yo a tenerlo, Agafya y tú tenéis la misma sangre, pues es la hermana del hermano de tu madre, yo soy familia política.

-¿Estás segura de esto, tía?

-Completamente. Es un cuaderno especial para una chica especial.-Susurró, mirándole a los ojos.

Tatiana soltó una fina risa y lo cogió con inseguridad.

-Puedes dejar el plato en la mesita cuando acabes.-Propuso Katenka mientras se levantaba de la cama.- Nosotros nos acostaremos tarde, cuando recojamos la cocina vendré a por él; prometo no despertarte.

Katenka salió rápidamente del dormitorio. Tenía el rostro sereno, e iba descalza. La forma de caminar de aquella mujer era enigmática; daba la impresión de que el mundo giraba para ella, y no con ella.

Sin embargo, pese a parecer que tenía al Universo a su servicio, daba la impresión de que trabajaba con él, sin aprovecharse de sus ofrecimientos.

Tatiana se tumbó en la cama. Agitando su cabello para que el pelo se le retirase de la cara, admiró para sí la belleza de ese cuaderno. Qué curioso, un cuaderno así sólo para ella.

Es demasiado bonito y delicado para alguien como yo. Esto es precioso, fino, para una chica de verdad y no para mí. Y ni si quiera sé para qué utilizarlo.

La joven abrió la escaletina tapa con tanto cuidado que parecía evitar cualquier contacto físico con el material. Era como si tuviese miedo de ensuciarlo, de mancillarlo. Como si ella no fuese digna ni de contemplarlo.

Las páginas tenían un tono clásico; simulaban ser pergaminos. Réplicas de material antiguo que encerraban más historia por lo que aparentaban ser que por lo que se iba a escribir en ellas.

Y entonces algo se revolvió en el interior de Tatiana.

La tercera hoja de ese cuaderno estaba escrita.

Grafías humanas a bolígrafo.

Una letra afilada y pequeña, delgada y con detalles precisos. Plasmada con tinta negra.

La caligrafía de su tía-abuela Agafya.

Tatiana tragó saliva y acarició con la mirada perdida esas palabras. Le produjo un escalofrío tener tan cerca algo tan personal de una desconocida que era alguien de su propia sangre.

Segundos después, frunció el ceño y leyó lo que había escrito.

Mi único amigo y testigo de mis locuras y caprichos eres tú. He vivido una vida vacía y desenfrenada por tu culpa. No soy feliz aquí, ni allí. Yo misma sé que estoy destrozada y que por más que lo intente, me he corrompido. Antes de conocerte ya sabía yo que era difícil tener solución.

Me he dejado por completo. No he pensado. Me he aburrido, me he cansado. Y a cada segundo que pasa me da más asco todo.

Se acabó. Te dejo.

¿Acaso era una forma de dejar la escritura manual?

¿Agafya odiaba ese cuaderno, le traía malos recuerdos?

¿Qué malos recuerdos podía traerle, si en todas las páginas que había sólo estaba ese pequeño párrafo escrito?

¿Y si ésas eran sus últimas palabras? No eran nada felices.

¿Se habría intentado suicidar alguna vez?

A la muchacha se le cortó la respiración.

No dramaticemos. Ella murió a una edad avanzada. Quizá escribiese cosas en ese cuaderno y luego las arrancara.

Eso era imposible, ya que no había marcas de palabras escritas ni traspasadas a las hojas siguientes, y el cuaderno parecía estar entero; no había restos de páginas hurtadas.

Tatiana se imaginó a una mujer llorando en silencio, con el semblante serio y pálido, ojos irritados y húmedos, con caminos dibujados en sus mejillas a través de sus lágrimas.

Lágrimas amargas que se abren paso entre esa piel de marfil, portadora de un alma envuelta, de un alma derrotada.

La chiquilla sintió empatía por Agafya. No sabía por qué ni cuándo había escrito eso, pero se podía imaginar las emociones que tendría en ese momento.

Veo que la positividad no es algo muy común en las mujeres solteras de mi familia.

Tatiana colocó el cuaderno bajo la almohada de esa cama antes de abandonarse a las dulces frutas.

Amaneció en la casa de su tía Katenka. El viaje en avión había causado que la familia al completo estuviese agotada.

Los padres de Tatiana seguían durmiendo en su habitación, solos, acurrucados el uno junto al otro.

La joven despertó. Abrió los ojos y contempló ese envejecido techo. Sacha dormitaba en la cama de al lado, sin camiseta y con media pierna fuera del colchón, con los ojos cerrados con calma y la boca ligeramente abierta.

No era la primera vez que Tatiana despertaba antes que su familia. Ella solía llevar horarios diferentes, libres de relojes y normas sociales. Comía cuando tenía hambre, dormía cuando su cuerpo se lo pedía y no le parecía mal caminar por las calles, acompañada de la madrugada más oscura. O regresar a su casa cuando rompía el alba, irrumpiendo en su cama como un fantasma y ocultándose entre las sábanas y su almohada.

Recorrió la habitación con sus ojos claros y, reprimiendo un suspiro de cansancio, se levantó.

Después de calzarse, se peinó el cabello con los dedos y salió de allí silenciosamente.

Ella salió de allí porque no estaba sola. Si hubiese tenido la habitación para sí misma, se habría ahorrado el hecho de dirigirse al pasillo. Sin embargo, cualquier cosa era más divertida e interesante que compartir espacio con Sacha. Alejó sus dedos del gastado picaporte y se encaminó hacia la cocina; de ella salían voces; eran Katenka y Berdy.

Por lo que pudo averiguar Tatiana, ambos mantenían una conversación tensa. Era una especie de discusión, aunque ambos parecían tener la misma opinión. Susurraban agitadamente mientras en sus rostros se dibujaba una máscara de rabia.

La muchacha miró a los lados; el pasillo estaba vacío. Las puertas de las habitaciones, cerradas, mostraban que todos permanecían durmiendo con calma, ajenos a la realidad.

Tatiana tragó saliva e intentó respirar levemente, para evitar cualquier indicio que indicase que había alguien más en la casa despierto que pudiese estar al tanto de esa conversación.

Katenka estaba sentada en una mesa de madera, con el pelo mal recogido y ojeras. Llevaba un aro pequeño de oro en la oreja izquierda, la derecha permanecía desnuda.

Portando una bata gruesa y gris, apretaba entre sus manos una taza humeante de té. Justo en frente de ella estaba Berdy, su marido, con un plato con restos de panqueques con salmón.

-¿Ya se han llevado a Unka?-Dijo él, mientras cortaba con el cuchillo un trozo de la masa.

-Vino a recogerla a las cuatro de la mañana.-Contestó la señora, refiriéndose a su marido.- Aún le duraba el efecto de la planta.-Añadió, mientras cogió una galleta de una caja que había abierta a su lado.

-¿No hizo preguntas ése?

El marido de Unka siempre había sido tratado por la familia de una forma despectiva e insultante, hasta el punto que nadie pronunciaba su nombre en las casas en las que se encontraban. El motivo por el cual todos le odiaban de este modo es que, aquel hombre, delgado y bajito y con facciones afiladas, intentó estafar a su cuñada con una travesura telefónica.

Pinchando su línea, hizo algunos negocios ilegales con compra-venta de aluminio y sustancias estupefacientes, lo que casi le cuesta irse a la cárcel.

Con la excusa de que había oído que algunos ladrones se hacían pasar por técnicos, se ofreció a comprobar que la línea telefónica de su cuñada estaba libre de peligro. Con ayuda de un amigo que trabajaba en la misma compañía, consiguió utilizar desde su propia casa la línea de su cuñada.

Un día, la policía vino a casa de aquella mujer y empezó a interrogarla, preguntando si sabía algo de cuatro kilos de aluminio desaparecidos de una plaza y de si había vendido cocaína a menores.

A partir de ahí, la familia ayudó a esa inocente mujer a averiguar que aquel amado miembro de la familia casi la mete entre rejas.

-No, él es demasiado egoísta. Y vino porque le llamó, si no, Unka habría pasado aquí la noche, querido. A ver, a mí me da igual, hay sitios para dormir de sobra.- Katenka frotó su dedo índice con el pulgar para limpiarse de las migas de la galleta que acababa de devorar.

-Tatiana me preguntó qué había pasado.

El corazón de la muchacha se aceleró. ¿Ella era una pequeña pieza en esa conversación tan acalorada?

-¿Y qué le dijiste, querido?-Musitó ella, frunciendo el ceño.

-Que alguien le había dado una mala noticia.

-¿Nada más?

Katenka insistió. Miraba a Berdy con furia, la mujer guardaba en esos momentos un aire dominante que avivaba el nerviosismo que desprendía su mirada. Por otro lado, Berdy, con tranquilidad, se levantó de la mesa y se sirvió otro panqueque de salmón.

Este contraste de comportamiento señalaba que Katenka, por mucha sangre fría que tuviese, jamás descuidaba cada momento y pensaba demasiado en las consecuencias que podían tener en un futuro ciertas acciones.

Ella, aunque parecía no profundizar ningún tipo de relación con nadie del mundo, no pasaba por alto qué personas le rodeaban, ya que se dedicaba a estudiarlas y a darle vueltas a todo.

Berdy, por otro lado, se dejaba llevar por su esposa y prefería no inmiscuirse en su vida privada.

-Bueno-sonrió Berdy mientras comía una galleta-, ¿y tú? Ja, ja, ja, ja, ¿al final qué has hecho con el cuaderno?

-Se lo he dado a la chica.

-¿Qué?-Él se enfadó y tiró el resto de la galleta a su plato, junto al salmón.- Estamos diciendo que hay que evitar a toda costa que lo consiga la otra ¡y vas y se lo das a su hija!

-Tatiana no habla con su madre, jamás le contará lo del cuaderno, podemos estar tranquilos, querido. Y baja la voz.

-¿Y si ella lo descubre y se lo roba?

-Tatiana sabrá cuidar bien del regalo, en cuanto lo estrene nunca permitirá que su madre le ponga las manos encima y lea sus intimidades, querido. El plan es perfecto.-Sonrió, y dio un sorbo a su té.

-Unka volverá a las andadas.

-Unka no sabe nada.-Cortó ella, y dio un seco golpe con la taza- Te dio el cuaderno, y tú me lo diste a mí sin que se diese cuenta, diciéndole que lo habías quemado.

-No me creyó pese a haberle insistido en que ese cuaderno ya no existe.

- Lo sé. Pero ahora ella ha perdido la pista.
- Te lo di porque creí que tú lo guardarías bien.
- Querido, ¿no ves que mejor no se podría guardar? Si Unka vuelve a las andadas, como tú bien dices, lo haría abordándome a mí y no a ti. Y si ve que yo no tengo el cuaderno, entonces sí que se encontrará perdida de verdad.
- Pero... La madre de Tatiana...
- No sabrá nada. La propia chica hará de escudo. Tan cerca y a la vez tan lejos.
- Aún no sé cómo conseguiste saber qué clase de cuaderno es...-Suspiró Berdy mientras se llevaba una pequeña lámina de salmón a la boca.
- Siempre me ha gustado la magia y la historia de las religiones. Cuando me diste ese cuaderno y me explicaste que era de Agafya, repasé la vida de esa niña y todo empezó a encajar.
- Su madre quiere ese libro...-Insistió Berdy de nuevo.
- Tatiana cuidará de ese libro. Unka jamás lo encontrará en nuestro hogar, que fue el último lugar en el que tuvo noticias de él. La niña vive en España, se irán pronto y aquí no habrá pasado nada.
- Unka es capaz de fingir una enfermedad u otro ataque de ansiedad para que toda la familia vuelva a reunirse aquí.
- No, porque le vigilarémos. Tranquilízate, querido. Tatiana guardará bien el cuaderno, Unka no lo encontrará y esa mujer-dijo, refiriéndose a la madre de la muchacha- no podrá ponerle las manos encima.

Ambos callaron. Berdy se quedó pensativo y Katenka volvió a pegar otro sorbo a la taza.

¿Qué problema habría con la madre de Tatiana?

La muchacha estaba en esa época en la cual una hija no confía en su madre. En la cual, durante una temporada, desaparece la complicidad, la confianza y el calor.

Aquella mujer había centrado más su atención en su hijo menor, Sacha, quien se encontraba en una edad un tanto complicada.

Viéndole como al hijo menor, la madre de Tatiana solía descargar en la pobre joven su malhumor y cansancio, olvidando que esa chica requería de un trato diferente a Sacha dado a la diferencia de edad, muy notable en la forma de ser.

Tatiana carraspeó fuertemente antes de entrar a la cocina.

El matrimonio clavó su mirada en ella. Le saludaron y, mientras Berdy volvía a comerse otra galleta, Katenka le preguntó qué quería desayunar.

-No suelo comer por la mañana, tía.

-Querida, eso en mi casa no vale. Ahora mismo voy a hacerte un té.

-No tengo hambre-confesó con voz tenue mientras se sentaba en una silla.

Katenka ignoró ese comentario y abrió un armarito.

- Te gustará, sabe a chocolate. Cómete una galleta.
-No te las comas si no tienes algo líquido a mano-Contestó Berdy-, son bastante secas.
-No son secas, querido. Es que estás acostumbrado a las de la tienda y no a las caseras.
-¿Y por qué no compras directamente las de la tienda?
-Porque me gusta cocinar.
-Las galletas están buenas...-Susurró Tatiana mientras daba un pequeño mordisco a una.

Transcurrieron unos días más en esa casa. Sacha solía pasar el día con su padre, quien le enseñaba lugares curiosos y bonitas leyendas sobre Rusia. Su madre, mientras tanto, pasaba el tiempo con una vieja amiga con la que solía cartearse, y hacía fotos a los paisajes. Berdy trabajaba como siempre, y Katenka atendía su casa y, cuando no estaba devorando novelas, bebía té.

- Tatiana-dijo ella cuando se ponía el sol-, ¿no te gustaría charlar un rato conmigo?-Sugirió, mientras irrumpía en el dormitorio que se le había asignado.

La única ventana que daba a la habitación, algo cuadrado y no demasiado grande, dejaba entrar unos pequeños pero potentes chorros de luz anaranjados. Las cortinas no estaban echadas, y a través del cristal se podían ver los demás edificios y árboles libres de hojas.

- Vamos, querida.-Insistió mientras se sentaba a su lado en el borde de la cama.-Mañana os vais, ¿no quieres hacer algo especial? Podemos ir juntas.
-No, gracias.
-¿Qué estás haciendo?
-Nada.-Contestó.

Tatiana estaba echada en la cama, acariciando el cuaderno que se le había regalado y con la mirada perdida. Había estado horas pensando en él, en su madre, en Agafya, en Katenka y en el funeral. En el destino y en su vida, en su forma de ser y en la de los demás, en si habría algo oscuro detrás de todo esto o si por el contrario la cosa no era tan grave como parecía. En si podía fiarse de Katenka y en por qué su madre era así con ella.

- ¿Eso quiere decir que aún no has estrenado el cuaderno, querida?-Katenka se echó un poco más para atrás.
-No sé qué hacer con él.
-Podrías escribir algo.
-¿Como qué?-Tatiana se incorporó.
-¿Nunca has tenido un diario, cielo?-Propuso la mujer, mientras retiraba con dulzura un mechón plateado del rostro de su sobrina.

Se hizo un silencio y la chiquilla desvió la mirada.

-Oye, tía...

-Dime, querida.

-He pensado que esto no va conmigo.

-¿A qué te refieres?

-Creo que el cuaderno no debería de tenerlo yo, sino tú. Te lo han dado a ti. No... No quiero tenerlo.-Sentenció, mientras se lo dejó bruscamente en el regazo.

El rostro de Katenka permaneció sereno. Parecía que se le había congelado la cara. Ni abrió los labios, ni movió los ojos, y dejó las manos inmóviles.

Se hizo otro silencio. Un silencio más largo y cargado que el anterior, el cual denotaba que había una pequeña lucha entre ambas féminas. ¿Quién hablaría primero?

Tatiana se encogió de hombros, siempre había sido mujer de pocas palabras. Deseando deshacerse de aquel presente rojo, encogió las piernas y se sentó sobre la cama, agarrando un cojín con las manos e instalándose en una esquina del colchón.

-¿Por qué, querida? ¿Es porque pertenece a un ser ya difunto?

La chiquilla vaciló. Era evidente que pasaba algo con ese cuaderno, y la familia se había dividido en bandos que se peleaban por localizarlo.

Sin embargo, no quería estar en medio de todos esos problemas que parecían dar forma al ambiente doméstico.

Ya que Tatiana no sabía lo que había detrás de ese cuaderno, decidió alejarse de él.

Lo último que quiero es ser un peón, ¿pero qué excusa pongo? Si mi tía se entera de que escuché su conversación...

-¿Querida?-Insistió Katenka, mirándole fijamente.

-Sí, me da algo de...repelús.-Mintió.

Tatiana era una chica de mente abierta y muy tolerante. Siempre que podía, estudiaba por su cuenta los diferentes universos, seres de otras dimensiones y propiedades paranormales del mundo, así como las habilidades de otras personas para poder ponerse en contacto con ese otro Más Allá.

Le parecía fascinante todo aquello que tenía que ver con la ciencia y la psicología, y disfrutaba explorando la historia de las religiones que había influido en ambos terrenos.

Se consideraba una chica espiritual y valiente.

Katenka calló durante unos segundos e intentó convencer a Tatiana de lo contrario. Que no pasaba nada, que la Muerte era un proceso natural, que el mundo sólo nos dejaba ver una cara de la moneda y no por completo. Que Agafya ya había muerto y no había de qué preocuparse.

-No, tía, por favor.-Repetía Tatiana.- De verdad que te lo agradezco mucho, pero no me siento cómoda con el cuaderno.

Hay que reconocer que Katenka tiene mucha labia. Aunque el truco está en hacer que ella empiece a sentirse incómoda.

-...por eso, querida, creo que es mejor para todos que lo guardes tú. Aunque no lo uses, pero...

Relájate, Taty. Se dijo a sí misma. Sólo espera a que calle y entonces lanzas la gran pregunta.

-Hay una frase muy triste escrita en él, ¿es que este cuaderno esconde algo malo?

-No, para nada, querida.

La mente fría de Katenka y la dominación que ejercía sobre sí misma eran increíbles.

Por dentro, su corazón latía con fuerza, parecía querer salirse del cuerpo, y los músculos se tensaban discretamente. Apretó las muelas y dibujó una sonrisa en su rostro. Después, volvió a decir:

-No tienes de qué preocuparte, y gracias por contármelo, querida. Ya sabes que podemos confiar la una en la otra.

-Vale, tía... Muchas gracias a ti.-Dijo Tatiana con más énfasis, para añadirle algo de dulzura a la situación, ya que sus gestos y sus frases habían dejado un ambiente rudo.

Las mujeres de la familia de Tatiana se caracterizaban por llevar la voz cantante. Eran muy impulsivas y pasionales, gritaban por cualquier cosa y sus voces, potentes y agudas, solían acallar las palabras de los demás por muy racionales que fuesen.

Tatiana también era una chica con mucho carácter, pero a diferencia del resto de su familia, sólo lo sacaba en casos de emergencia.

Y Katenka parecía cortada por el mismo patrón. Un temperamento engañoso, un veneno recubierto de un envoltorio dulce, brillante y colorido.

Aquella señora cambió de tema y, sentada, se giró un poco más hacia atrás para contemplar mejor a su sobrina.

-¿Qué te parece si nos vamos de compras?

-¿A comprar qué?
-¿Qué te apetecería?

Tatiana se encogió de hombros.

-Creo que prefiero quedarme aquí, descansando. Mañana me espera un vuelo horrible.

-¿De verdad que no te apetece pasear?

-De verdad.

Sacha irrumpió en la habitación con un vaso de leche en la mano. Entró eructando, creyendo que no había nadie.

-Eres un cerdo.-Espetó Tatiana, mirándole fijamente.

-Creí que estabais fuera.-Se excusó.-Perdón...-Añadió, al ver que Katenka estaba allí también.

-No importa, querido. Es algo natural. Al menos sabemos que no lo has hecho a posta.

Sacha se sentó al borde de su cama y dio un largo trago a su vaso.

-Y... ¿Qué hacéis, chicas?

-Sólo charlábamos, querido.-Aclaró Katenka mientras Tatiana se encogía de hombros.

-¿De qué?

-Sólo intentaba darle un plan a tu hermana, ya que mañana os vais...

-¿Ésta? Es una rara, no sale nunca de casa.

Tatiana iba a contestar pero se detuvo cuando vio a su tía alzar ligeramente la mano, en un intento de permitirle hablar por ella:

-Quizá ella no necesite salir al mundo para divertirse, y se divierta creando su propio mundo.-Sonrió Katenka.

Sacha hizo una mueca despectiva y apuró su bebida. Se limpió la mano con la manga y, después de dejar el vaso en el suelo, justo al lado del cabecero de la cama, se tumbó, dando la espalda a ambas mujeres.

-Sacha. Eh. Sacha. Sacha. ¡Sacha!-Llamó Katenka.

-¿Sí?-Respondió, sin moverse.

-¿A qué estás esperando para llevar el vaso a la cocina? Sólo pasas un par de minutos aquí, pero no dejas de ensuciar. Deberías ser un poco más...como tu hermana, ¿no crees?

-Iba a hacerlo ahora mismo.-Contestó antes de irse.

El chaval cerró la puerta tras de sí y ambas chicas compartieron una mirada cómplice.

-Eso ha estado muy bien, tía.

-Gracias, querida. Son muchos años siendo la diferente, ¿sabes? Al final acabas con cierta agilidad mental.

-Yo suelo ser algo torpe para eso.

-¿Y si te las apuntases en alguna parte? En el móvil, por ejemplo. O en un cuaderno.

Tatiana observó a Katenka. Ella tenía una sonrisa cómplice.

-O en la memoria. Tengo mucha memoria.

-O en la memoria, sí, querida...

PARTE II

-¡Me voy al instituto!-Dijo Sacha a su madre.

Eran las ocho de la mañana. Hacía un aire fuerte y la casa estaba algo desordenada ya que la familia acababa de llegar de Rusia hace unas horas, de madrugada.

-¿No crees que deberías descansar? No has dormido nada...

-Da igual, soy ruso, aguanto lo que me echen.

-Sacha, espera.-Aquella mujer agarró del brazo a su hijo.- ¿Al menos te has llevado algo para comer? Ni si quiera has desayunado.

-Ya me compraré algo por ahí. Adiós, mamá.

-Quizá tu padre vaya a buscarte cuando salga del trabajo, ¡no te olvides de llamarle!

Tatiana estaba en la cama, durmiendo. Acababa de coger el sueño. En su rostro había dos profundas ojeras oscuras.

Esa noche, al volver a España y tumbarse en la cama, había llorado.

Esos bajones nocturnos que arrullan la mente y ensombrecen el alma.

Esos bajones.

La noche es algo calmado y lento. Quizá sea flemática por la penumbra, ya que al no ver, nos da mayor sensación de pausa. Como si estuviésemos perdidos. Y entonces la noche suelta su plaga de oscuridad, y eso parece influir en nuestra perspectiva.

El silencio, la falta de luz. El frío.

Y los problemas, los miedos, las inseguridades, e incluso las fantasías más tétricas, parecían más reales todavía cuando el sol se iba.

Por eso Tatiana había estado llorando.

De todas formas, hay veces en las que una persona necesita llorar porque sí. Igual que la risa.

Me siento como si yo no valiese nada, como si fuese imposible quererme. Como si todos fingiesen. Ya no es que tenga miedo de conocer gente, es que ya no siento lo mismo, nada volverá a ser igual, tengo una gran desconfianza que acompañará a mi soledad el resto de mis días.

Siento que, al sentirme positiva, estoy tentando a la suerte. Me asusta la idea de tener sueños y metas.

Esas fueron las palabras que Tatiana pensaba últimamente.

No solía pensar las cosas de la misma forma dos veces, pero lo de anoche fue la excepción. Esas frases estuvieron rondando en su cabeza cuando estaba en casa de su tía Katenka y cuando volvió a España.

Berdy estaba en su trabajo, hablando por teléfono. Se dedicaba a dirigir una empresa de coches, y contaba con un puesto nada envidiable al resto de la dinámica de sus compañeros. Contaba con vacaciones, pagas extra, seguro médico y su sueldo no le hacía privarse de pequeños caprichos.

Berdy se caracterizaba por ser un hombre trabajador y amante de la rutina, le gustaba la vida sin sobresaltos.

Sin embargo, en ese momento, aquel corpulento hombre no estaba atendiendo una llamada de trabajo.

Hablaba con una amistad íntima, alguien perteneciente a su ámbito personal y no al laboral.

-¿Entonces qué sugieres?-Dijo Berdy.

-Creo que deberíamos vernos.-Se oyó a través del teléfono.

-Nora, no.

-Berdy, sí. Te quiero en quince minutos en mi casa.

Y la conversación acabó.

Nora.

Nora era una mujer estadounidense.

Ella empezó la Universidad pero la dejó cuando descubrió las leyendas y los objetos mágicos. Abandonó los estudios y buscó trabajo en un casino. Vestida elegantemente y con cuidado, pudo conocer a un gran empresario, al cual sedujo hasta el punto de comprometerse.

Nora no le amaba, si estaba con él era por puro interés. Consiguió hacerle creer que ella no sólo era su esposa, sino su esclava, y que siempre viviría para servirle, lo que aún cegó más a aquel norteamericano a la hora de cumplir todos los deseos de su mujer.

A consecuencia de ello, Nora vació la cuenta bancaria de su prometido y desapareció de su vida viajando secretamente a Rusia.

Ahora, Nora tenía treinta años y vivía en la Europa del este. Ambos se conocieron hace siete años en un ciberchat. Él buscaba un poco de calor y ella a alguien con quien pasar el rato mientras su programa favorito volvía de su intermedio, y a raíz de una conversación surgida de un miércoles por la noche, se intercambiaron teléfonos.

Se reunieron en un sitio alejado del centro de la ciudad dos semanas después y pasaron la tarde juntos.

Nora entró, gracias a la pequeña fortuna que consiguió arrebatarse a su amado, y un poco de picardía, en una asociación cuya única meta era la de poseer objetos mágicos.

Era una especie de club, de grupo privado, anónimo y discreto.

Berdy colgó el teléfono y se pasó la mano por la cabeza.

Quince minutos.

Tatiana se encontraba escuchando un CD. Era música ambiental, suave, la que salía de su viejo casete.

Con el pijama puesto y despeinada, se levantó de la cama.

Llevaba un buen rato pensando sobre qué hacer con el diario. No quería decírselo a su madre por miedo a alguna posible represalia, y tampoco sabía todas las versiones de la historia que rondaba sobre ese cuaderno. En realidad, ni si quiera estaba segura de si conocía una de las “teorías” completas.

Lo mejor será quedármelo un tiempo mientras pienso qué hacer.

La joven colocó un pequeño estante de madera justo enfrente de la puerta.

Sabía perfectamente que nadie iba a entrar, pero se sentía más segura viendo la puerta atrancada.

Abrió su maleta, la cual aún estaba sin deshacer, y de entre un par de prendas de ropa holgadas sacó aquel cuaderno de seda.

Lo acarició con sus dedos y lo abrió despacio.

Era algo tan delicado, tan hermoso, que le daba pena estrenarlo.

Cogió un lapicero. Quería sentir en su cuerpo lo que sería escribir algo en esas hojas tan finas.

Hola, me llamo Tatiana.

Pestañeó con lentitud y se perdió entre esas líneas. Lo había escrito suavemente, con la única intención de borrarlo en cuanto contemplase el efecto que causaba.

La veía una frase demasiado vulgar para permanecer en ese cuaderno, y a su vez, recordó algo que dijo una de sus escritoras favoritas; *menos es más, y en la literatura lo sencillo es lo que mejor encaja.*

Se levantó a por una goma para borrar el desastre que, según ella, había hecho que se mancillase ese cuaderno. Lo contempló de lejos unos segundos antes de aproximar el borrador a sus páginas.

Cuando se tumbó a su lado, colocó el lápiz a su izquierda y buscó en la página su frase.

No estaba.

Pasó las hojas y las miró con atención, pensando que al moverse de la cama se habrían volteado y dicha frase estaría en otro lugar.

Y entonces de la primera página, apareció algo en tinta roja.

Hola, Tatiana. Soy Anónimo.

Los ojos de la muchacha se abrieron de golpe. El corazón le dio un vuelco y tragó saliva. Sintió como se le quebraba la voz y las manos le temblaban.

La frase desapareció.

El miedo empezó a invadir su cuerpo, pero eso no le impidió palpar con rudeza aquellas páginas, libres de toda tinta escarlata.

¿Quién eres?

Volvió a escribir Tatiana.

Acto seguido, desvió la mirada unos segundos intentando tranquilizarse.

Pero la curiosidad le podía más.

Creo que ya te lo he dicho. Anónimo.

La chica cerró de golpe el cuaderno y lo lanzó hacia el otro lado de la habitación.

Ella había enmudecido. Paralizada entre las sábanas, sentía tanto miedo que creyó que aquel cuaderno era capaz de cualquier cosa.

Pero no haría nada, ¿verdad? Sólo era un cuaderno.

Berdy estaba en un hotel. Mientras se abotonaba la camisa encima de una cama, Nora salía de la ducha.

-Ahora sí que tenemos la cabeza fría para hablar del cuaderno.-Dijo ella, con una toalla puesta.- ¡No!-Gritó, dándole a Berdy un manotazo por intentar rozarle un pecho- Ya vale.

Nora tenía los cabellos rubios y a media melena. Solía vestir siempre con vaqueros y alguna camiseta ancha.

Se quitó la toalla que cubría su pelo y con los dedos lo ahuecó.

-¿Sabes si la madre de la niña está al corriente de todo?-Preguntó ella en inglés.

-La madre de Tatiana no sabe nada, hazme caso. ¿Tú has descubierto algo? Siempre lo sabes todo, no sé cómo has llegado a averiguar eso.

-El precio de ese libro ha subido.-Respondió Nora, sonriendo.- Lo quiero. Lo quiero, y si me lo das, juro darte gran parte de los beneficios. -Berdy contempló sus ojos claros.- Te lo juro.-Insistió. Sabes que somos algo más que socios.

-En la Asociación hay muchos tiburones. Dime una cosa, ¿de verdad querías vender ese cuaderno y dejarlo en manos de ella?

-Bueno, cariño, somos caza fortunas, ¿recuerdas? Nuestra meta es conseguir las rarezas y darlas. A cambio, se nos da poder e influencia. Dime, ¿qué caza fortuna tiene esa fortuna?-Sonrió, encogiéndose de hombros.

Berdy resopló. Fue meses después de estar teniendo una aventura con Nora cuando ella le confesó que estaba inscrita en una Asociación especial.

Para acceder a ella, era necesario superar un examen histórico, un examen esotérico, un psicotécnico, una entrevista de lenguas clásicas o modernas (a elegir) y pagar una elevada suma de dinero al año.

Asimismo, la misión de los miembros era o bien investigar sobre un tema o material (Santo Grial, Piedra Filosofal, Sectas antiguas) o ir a la caza de aquel objeto.

-Caza fortunas...

-Eres afortunado.-Concluyó ella, riéndose por el juego de palabras.

-¿Cuánto tardará Tatiana en darse cuenta de que ese cuaderno es mágico?

-No mucho. Conociéndola, lo estrenará pronto. Se asustará y pedirá explicaciones a Katenka. Eso nos pondrá en aviso y tú podrás robárselo a tu mujer. Unka nos ayudará a recuperarlo, la distraerá, se creará que el cuaderno se ha perdido, seremos ricos y...

-No quiero que a mi sobrina le pase algo.

-¡Oh, no le pasará nada, Berdy! Ese cuaderno no es peligroso si se tiene autocontrol.

-Agafya murió...

-Agafya duró como unos ochenta años. Ya vale, ¿no? Además, no la conocíais.

Berdy contempló a Nora unos segundos. Ella se había quitado la toalla y estaba buscando su ropa sin ningún pudor.

Aquella mujer tenía la mente fría, aunque en nada superaba a su esposa, Katenka, excepto en el terreno carnal.

-¿Has visto mis calcetines?

Berdy había descubierto el mundo del dinero y el poder político que, aunque no era demasiado potente para saciar la ambición extrema que puede haber en un pequeño cuerpo humano, le hacía levitar entre el resto de mortales. Soñaba con irse con su joven amante lejos, con un cuaderno especial, y, cuando se cansasen de utilizarlo, jugar con su fortuna.

-Están entre las almohadas.

-¿Y dónde están las almohadas?

Berdy señaló un rincón.

-Tendremos que tener cuidado con tu mujer.-Respondió ella.- No parece de la familia. Las demás pierden los papeles rápido, pero esa no.

-Katenka es... especial.

-¿Especial?

-Ella tiene un temperamento diferente, y tiene paciencia.

-Eh. Paciente soy yo cuando necesitas diez minutos más.-Contestó Nora, mirando a la entrepierna de aquel hombre.

-No te pongas celosa.

-¿Yo? ¿Celosa? Nunca, ya lo sabes.

-Nora, ¿puedes explicarme en qué consiste exactamente ese libro?

A pesar de que Nora había conseguido entrar en esa Asociación después de más de cuatro años de intensa formación, había enchufado a Berdy, con la condición de que él ofreciese el doble de dinero. Sin embargo, él no tenía los conocimientos que tenía Nora sobre reliquias, magia o secta.

-Tengo prisa.

Una discusión surgió a raíz de esa contestación, algo muy típico en esa pareja de amantes. De carácter fuerte, solían ponerle muchas ganas a todo lo que hacían juntos, entre otras cosas, las peleas y los insultos.

Los ánimos solían enfriarse cuando Berdy se ponía nervioso y dejaba de hablar en inglés para centrarse en el ruso, y Nora hablaba demasiado rápido y mezclaba expresiones en español.

Sin embargo, esta discusión fue diferente. Los ánimos no se calmaron, y tampoco se detuvieron los gritos:

-¡De no ser por los archivos que robé a mi mujer, no habrías podido estudiar para entrar en esa Asociación!

-¡De no ser porque mi cabeza no está hueca, no habría aprobado los exámenes y no te habría podido enchufar!

-Tú jamás serás como Katenka.

Fue lo último que se dijeron ese día.

Berdy estaba furioso. Contaba todo lo que le ocurría a Nora; era una de las condiciones impuestas por ella misma desde que le introdujo en la Asociación, para tenerle controlado y manejar sus movimientos, ayudarle a ser discreto en ese grupo y de cara al resto de personas. Sin embargo, ella parecía no ser capaz de confiar nada completo a su persona.

En cuanto Agafya falleció, informó corriendo a Nora y ella le premió con una noche de pasión. Después, la estadounidense le exigió ver el testamento, y, más tarde, conseguir ese cuaderno.

Berdy no era tonto, y sabía perfectamente que aquel cuaderno era uno de los “objetos elegidos” que tanto interesaban a la Asociación. Sin embargo, Nora no quería decir nada sobre sus características, prefería guardarse para sí lo que acarrea ese diario.

Pero Berdy sabía que tenía la sabiduría de su parte; Katenka.

Katenka estaba cosiendo en el salón. Se había caído un botón de una bata color azul cielo y quería arreglarlo aprovechando la luz del lugar. Entraba los últimos rayos de sol de la tarde y la habitación estaba adornada con velas, las cuales estaban encendidas, proporcionando un toque cálido al ambiente. Escuchó a su esposo entrar, cerrar la puerta y sentarse a su lado.

Él quería sacar el tema del cuaderno, preguntar sus características y conseguirlo lo antes posible.

-Hola, querido.-Saludó ella, sin levantar la vista.

-Hola, Kat.-Respondió Berdy, y se giró sobre su asiento para mirarla. Se hizo un silencio.- ¿Qué, se ha roto?

-Ha debido de ser un enganchón. Ya casi... Bien, el hilo no se rompe.

-Esos son los que compraste en el centro comercial de la plaza, ¿no?

-Eso es, querido.

Berdy tragó saliva. La contempló unos segundos. Su gruesa figura, sus rasgos, el color de su pelo, los anillos que adornaban sus dedos. Se casó con ella y desde entonces ha vivido a la sombra de sus vastos conocimientos.

-¿Qué te preocupa?-Quiso saber su esposa, todavía sin mirarle a la cara, centrada en pinchar bien la aguja en la tela.

-Nada en especial.-Sonrió.

Katenka no habló. Dejó la aguja en una caja de metal y cogió unas tijeras.

-Querido, llevamos años casados. Sé por tu forma de andar cuándo te preocupa algo y cuándo no. Vamos. Habla conmigo. Sin rodeos.

La mujer tuvo que esperar unos largos segundos para que Berdy se decidiese a sacar el tema.

-No, me preguntaba si... Bueno, ¿qué tal el diario? ¿Lo has usado ya?

En el rostro de Katenka se dibujó una suave sonrisa. Ella estaba guardando la caja de metal, para después estirar la bata.

-Como nueva...-Susurró, refiriéndose a la prenda.

Berdy seguía esperando la respuesta.

-Querido, ¿por qué me lo preguntas si ya sabes dónde está ese diario?

-Ah, ¿lo has guardado en la sección de tus libros favoritos?

Para toda respuesta, aquel hombre entrado en años contempló cómo su mujer se sacaba de un bolsillo de la bata azul que acababa de coser tres micrófonos diminutos y un pequeño manojito de cables negros.

-No pensé que fueses lo suficientemente atrevido como para poner micrófonos en este saloncito y escuchar mis conversaciones con Tatiana.-Explicó con tranquilidad, ignorando la cara de sorpresa de su esposo.- Hasta que me dio por investigar un poco más, y caí en la cuenta de que tampoco eres tan inteligente como para montar algo así... Vayamos al grano, querido. ¿Nora sabe que la he descubierto?

Berdy ató cabos en seguida.

De modo que Nora había entrado en su casa y había instalado micrófonos en ese salón.

Se sintió desnudo, indefenso, vulnerable. Ella había entrado en su hogar, en sus dominios, su territorio. Durante un tiempo, todos los habitantes de esa casa habían estado a su disposición, a su antojo.

Esa chica había ido demasiado lejos; había demostrado que no tenía escrúpulos. Tampoco los necesitas si trabajas para la Asociación, pensó el ruso.

En cualquier caso, había sido Katenka quien había llegado al fondo de este asunto, y quien había descubierto el espionaje.

Berdy sintió cómo la humillación mordía su cuerpo y paralizaba su mueca.

Su esposa se había cerciorado de muchas cosas, empezando por su infidelidad y acabando por conversaciones pinchadas y micrófonos.

Tatiana guardó el cuaderno entre un montón de libros, poniendo encima de la pequeña pila formada una enciclopedia.

Había estado dos horas pensando en qué hacer con ese cuaderno y si era peligroso. Buscó en Internet palabras al respecto del tema, *cuaderno parlante*, *cuaderno que habla*, *cuaderno mágico*, y ni si quiera sacó algo en claro o una ligera idea de lo que conllevaba usar eso.

Y entonces, su mente cayó en la cuenta de que esa enciclopedia que aplastaba el peso del resto de libros contra aquel diario, tenía que ver con esoterismo y objetos extraños.

Sin embargo, no se atrevía si quiera a ponerle la mano encima otra vez. ¿Tal vez, con otro libro igual o incluso más pesado encima de aquel montón de libros?

-¿Tatiana?-Se oyó una voz tras la puerta de su cuarto- ¡Tienes la bañera preparada!-Era su madre, que estaba tocando la puerta- ¡Vamos!-Insistió, dando tres rápidos golpecitos más en la madera de la puerta.

A la chica no se le ocurrió otra cosa que desatranchar la puerta de su cuarto, abrirla, dar media vuelta al interior de su habitación otra vez para coger rápido el libro sin detenerse hasta haberse encerrado con cerrojo en el baño.

Dejó tras de sí una pila de libros desarmada, con su diario rojo aún intacto en un lado de su cama con cuatro cuadernos más sobre él.

-¡Y recoge tu cuarto!-Gritó la madre de Tatiana, media hora después, desde el otro lado del aseo.

Tatiana tenía una gran enciclopedia a su disposición, se sentía segura en el lavabo y la bañera estaba llena de agua caliente.

Soltó la enciclopedia para quitarse la ropa, empezando por desabrocharse la camisa de cuadros grises que llevaba.

Katenka amaba los libros más que la tecnología. Después de muchos años como literaria aficionada y entendida del tema histórico, había dado con la gente adecuada que le proporcionó, a lo largo del tiempo, una serie de libros con

conocimientos censurados de cara al pueblo llano, y a lo cibernético. Nunca regalaba libros, ella era celosa de sus cosas.

Excepto a Tatiana, a quien le envió por correo una enciclopedia en concreto cuando se enteró de su nacimiento.

PARTE III

Tatiana tenía el pelo mojado. Había salido de casa antes de cenar, con la excusa de airearse un poco, algo que entusiasmó a su madre, quien siempre alegaba que ella nunca pisaba otros dominios que no fuese su cuarto.

Para Tatiana, su habitación era su santuario. Un lugar que le aislaba del resto de personas y de la oscuridad que rodeaba a la sociedad. Cerrar la puerta era una barrera perfecta que le prometía invisibilidad y discreción, las dos cosas que creía que necesitaba para sobrevivir.

Le molestaba que entrasen sin su permiso en ella.

Era un lugar de descanso y protección.

Por eso no quería estar a solas con ese cuaderno.

Estar únicamente con él ahí, le hacía sentirse en una prisión, una ratonera, una trampa. Un blanco fácil.

Aún había sol en el parque. Para ser un lugar público y destinado a los niños, apenas se escuchaban sus risas.

A Tatiana le gustaba salir sólo en días laborales; podía ver cómo los demás iban de aquí para allá locamente, saliendo de casa para entrar en otro edificio, bien un colegio, bien una oficina.

Había poco tiempo libre y demasiadas preocupaciones en la cabeza

Se sentó en un banco. Sacó el cuaderno. Lo ojeó.

Y entonces de la primera página, apareció algo en tinta roja.

Hola, Tatiana

¿Cuánto tiempo llevaba eso escrito ahí?

Hola, Anónimo.

Para sorpresa de la chica, ella no sintió nada cuando escribió esas dos palabras. Ni si quiera le tembló el pulso. No le resultó extraño. Tatiana alzó la cabeza.

Un chico joven vestido con un chándal estaba paseando a su mascota. Hurgó en uno de los bolsillos de su pantalón y sacó un paquete de tabaco.

¿Has tenido buen día hoy?

Sí, gracias. ¿Y tú?

¿Qué clase de respuesta era esa? ¿Puede tener buen día un libro?
Aquel objeto tardó en contestar.

Estoy disponible ahora.

Esa respuesta cortó la respiración de la chica.

Ahora.

Ahora empezó a reaccionar. Su corazón se aceleró y en su mente se agolparon miles de pensamientos, ideas y fantasías.

Pero en ningún momento pensó en las consecuencias.

Katenka estaba fregando su plato en la cocina. De fondo se escuchaba una pieza de ópera rusa, en un volumen muy bajo. Pertenecía a un disco muy antiguo, el favorito de aquella mujer. El formato original estaba destinado a ser reproducido por una gramola, hasta que los radiocasetes llegaron en sustitución de estos y un buen amigo se ofreció a hacer una copia de ese sonido para poder escucharlo en el reproductor más moderno que había entonces en el mercado.

Aquel amigo le sugirió hacer a dicha pieza musical una limpieza de sonido, para mejorar el audio y optimizar aquellas partes que, por desgaste, se cortaban durante unos segundos o parecían rayadas.

Katenka rechazó esa propuesta con una sonrisa nostálgica.

-Berdy, querido-carraspeó, sin girarse.-, se te va a enfriar la cena.

-No tengo mucha hambre.

-¿Por qué? Si es tu plato favorito.

Berdy no dijo nada. Siguió recorriendo el plato con el tenedor.

Katenka se sentó frente a él nada más terminar de recoger. Llevaba un trapo muy viejo de tela entre sus manos.

-Quiero pedirte perdón por todo.-Dijo él. Su esposa no se inmutó.

-Las personas piden perdón cuando son conscientes de su fallo y se arrepienten.

Tú no te arrepientes, si te sientes mal es porque no te gusta que yo esté al corriente de este asunto.-Dobló el trapo y lo guardó en un cajón que tenía bajo

la mesa de madera donde se habían sentado para cenar previamente.- ¿Quieres decir algo más?

-Tengo miedo de la Asociación.

-¿De la Asociación o de lo que pueda hacer Nora?

Berdy encogió el rostro y se lo tapó con ambas manos, tirando bruscamente el tenedor contra el plato de cristal, haciendo un ruido desagradable. Sollozó fuertemente.

Su mujer se levantó con tranquilidad de la silla para coger unas pocas servilletas que descansaban dentro de un armario.

Tocó levemente el hombro de su marido con la punta de sus dedos para captar su atención y poder ofrecérselas sin necesidad de hablar.

-G-gracias... Yo... No quiero a Nora, yo te q-quiero a ti, te lo juro. Katenka, te quiero, yo te quiero, yo te quiero, yo te q-quiero, yo t-te...-Berdy calló cuando su esposa alzó lentamente la mano en señal de silencio. Él aprovechó para sonarse la nariz.

-El libro lo tiene Tatiana.

-A e-ella también la q-quiero...

-Y de momento no hay ningún peligro. Ella sabrá usarlo bien.

-P-por favor, dime qué es ese cuaderno y c-cómo funciona...

-Aún no, querido. Aún no.-Respondió, mientras se levantaba para ir a por más servilletas.

-P-por favor, t-te quiero.

-No te creo.-Dijo ella suavemente, cuya respuesta actuó como un sable en el corazón de Berdy.

Nora estaba de pie en su dormitorio, sobre una alfombra verde. Descalza y en ropa interior, jugaba con un anillo azul que decoraba su mano izquierda.

Tenía la mirada perdida y la boca ligeramente abierta.

Hacía más de dos horas que no detectaba actividad sonora en ninguna de las habitaciones que tenía bajo su vigilancia. Dio un toque a Berdy para hablar con él e intimidarle de tal manera que describiese su situación actual, pero él no contestó.

Se acercó de nuevo al pequeño monitor que tenía en su mesilla, éste estaba conectado con los micrófonos.

Abrió un cajón y sacó unos auriculares. Después de activar un amplificador de sonido, dejó de respirar y escuchó atentamente, tumbada en la cama.

Tras unos segundos de completa quietud, sus oídos consiguieron afinarse hasta tal punto que pudieron percibir un ligero pitido. Entonces, Nora se quitó los cascos y gritó de rabia. Alguien le había desconectado todo.

Adelante, escribe tu deseo.

Quiero que esta noche mi hermano diga algo positivo de mí.

Las palabras desaparecieron al instante y el cuaderno se cerró con furia.
¿Ahora a esperar? ¿Cuánto tiempo? La muchacha abandonó el parque y se fue a su casa.

Era tarde. Tatiana se sentía cansada; la tensión del día se le acumuló en los músculos y a esas horas empezó a invadirle una ligera somnolencia. Se puso el pijama con lentitud y salió de su habitación para entrar en el servicio.

-¿Tatiana?

-¿Sí?

Era su hermano, que le llamaba desde el salón.

-¿Puedes traerme una coca-cola?

-¡Voy!

El corazón de la joven volvió a latir con fuerza. Su boca se secó.
Abrió la nevera con un pequeño tembleque en la mano y se encaminó hacia el salón, acercándose con algo de miedo a su hermano.

-Gracias.-Dijo él, y la abrió.- Anda.

Tatiana guardó silencio. Estaba quieta frente a él.

-¿Y esas zapatillas?

-M-me las compré hace un mes en la tienda de la esquina.

-¿Esas que estaban de oferta que vimos anunciar en la tele?

-Sí.

-Ah, ya me acuerdo. Había rosas, azules, verdes y grises.

-Sí.

-¿De qué color son esas? No las veo.

-Grisés.

-¡Anda!-Repitió él.- Muy bien elegido.

-G-gracias.

-La verdad es que lo pensaste bien, te hacen juego con los ojos.

Tatiana le miró con intriga.

-Siempre has tenido muy buen gusto para elegir ropa, adornos o accesorios, la verdad.

La chiquilla se quedó boquiabierta.
Su mundo se paralizó durante unos segundos.

-¿Qué pasa Taty? ¿No te habrás enfadado ahora?
-¿Eh?

Los padres de Sacha, que estaban también en el salón y no habían prestado mucha atención a la conversación filial, giraron su cabeza hasta su hija.

-¿Qué ocurre, chicos?-Dijo la madre.
-Nada, sólo le he dicho a mi hermana que tiene buen gusto para elegir ropas. Hay chicas en mi clase que se visten de pena, pero ella no.
-Ah.

Tatiana comprendió que era mejor abandonar el salón.
Entró a su habitación y clavó su mirada en el cuaderno.

No podía ser. Lo que acababa de pasar no podía ser. Era algo imposible, no podía ocurrir ni siendo el fruto de la casualidad más remota.
Ella siempre había sido ignorada por su hermano, y cuando éste se dignaba a hablarle, era para criticar, bromear o provocar.
Y, de la nada, le dice algo positivo.

Para colmo, lo remarca cuando sus padres preguntan qué ha pasado; reconociéndolo así en público, en este caso, delante de la familia.

Tatiana abrió mucho los ojos y se tapó la boca con las manos.

Se le erizó el vello y vaciló unos instantes antes de volver a tocar ese objeto.

Hola Tatiana, estoy disponible.

La joven cerró el cuaderno con cuidado y lo dejó en su sitio.
Tenía mucho en lo que pensar esa noche.

Empieza el juego

Tatiana estuvo un mes escribiendo todo lo que sentía en ese cuaderno. Hablaba de sus sueños, sus esperanzas, sus deseos, sus miedos, sus recuerdos. De sus emociones.

De cómo le iba el día.

Y cuanto más escribía, más difícil le resultaba separarse de él.

Ese cuaderno le respondía con frases de no más de dos líneas, y siempre parecía haber un tono de tranquilidad en sus palabras. Ese objeto no daba consejos, sólo exponía una respuesta lógica y, en ocasiones, ambigua. La mayoría de las veces lo único que hacía era animar a Tatiana a que siguiese hablando.

-¿Cómo estás, mejor?

La madre de Tatiana estaba en medio de una conversación de chat con Unka. Ambas tenían una cuenta electrónica y podían mandarse mensajes instantáneos de forma gratuita, sin temor a estar expuestas ante personalidades cotillas.

-Mejor, sí.-Escribió Unka.- ¿Sabes algo del libro?

-No. No puede saberlo mi marido y no se me ocurre cómo contactar con Berdy.

-Utiliza alguna excusa. Por ejemplo, mañana él sale de viaje.

-¿Por qué?

-Por lo visto es un viaje de negocios. Puedes hablar con Katenka y darle la enhorabuena por su esposo, y ya entonces pedirle que te pase a Berdy.

Berdy se encontraba reclutado con los jefes de Nora. Ambos habían sido expulsados de la Asociación y Katenka le prohibió volver a casa por un tiempo por su propia seguridad.

Estaban a las afueras de la ciudad.

Aquellos miembros de la Asociación eran personalidades muy estrictas en cuanto a la discreción se refiere, y no permitían que sus miembros fueran descubiertos o cometiesen fallos y deslices.

Nora dedicó una mirada de odio hacia su compañero.

-Mi amor, conseguiremos volver.

-Había luchado mucho para ir hasta aquí, ¿entiendes?

-Te juro que no te delaté. Esa mujer sabe jugar sus cartas.

-Te quedas solo.-Espetó Nora, después de decir unas cuantas palabrotas.- Ni se te ocurra intentar ponerte en contacto conmigo o te dispararé.

-No lo harás.

-No tengo nada que perder. La Asociación era mi vida.-Respondió ella antes de darse la vuelta y coger su coche. Los miembros presentes la vigilaban, inmóviles.

-¿A dónde voy? ¿Qué puedo hacer ahora? Nora. ¡Nora! ¡Yo te quiero a ti!

Ella tiró a los pies de los presentes desde lejos un collar con un símbolo extraño, y una caja llena de balas.

-¡Te quiero a ti, Nora!

Ante toda respuesta, Nora le hizo un corte de mangas desde la ventanilla del vehículo mientras aceleraba antes de perderse en una nube de polvo.

Ceniza en la boca

Tatiana estaba en ropa interior sobre su cama, viendo por la ventana cómo las farolas se encendían y la gente iba a sus casas. Anochecía rápidamente.

Había sido una temporada intensa para ella; en todo lo que llevaba de días hasta el momento que obtuvo el diario, había conseguido cumplir pequeños caprichos, hasta que al final sus deseos se iban convirtiendo en algo más serio, más complejo.

Hola Tatiana, estoy disponible. ¿Quieres hablar de algo?

Estoy algo aburrida hoy.

¿Hay algo que te apetezca hacer?

Me apetece viajar.

¿Y a dónde quieres ir?

No lo sé. No hay ningún país que me llame la atención ya. He visitado muchos.

¿Alguien a quien quieras conocer?

No me atrae nadie ya.

En un mes, Tatiana había viajado a más de quince países, había conocido a muchas personas de las cuales ninguna le llenaba lo suficiente ya que su relación estaba basada en una mentira, pues no podía permitirse dar sus datos personales ni explicar el verdadero motivo por el cuál ella había llegado a su destino, había perdido la virginidad, había probado numerosas drogas y había pedido una Sala invisible en la que guardar varios objetos materiales, tales como vestidos, joyas, maquillaje y comida vegana.

Me gustaría estar más delgada.

No puedo cambiar el físico de la gente. Son las normas.

¿Y hacer que la gente me vea más delgada?

¿De qué sirve tener un físico de infarto si a ti misma no te gustas?

No sé qué responder a eso.

No sé qué responder a eso era una coletilla que utilizaba ella cuando quería más información sobre algo o que el cuaderno continuase escribiendo sin tener ella que exponer nada más.

No debería importarte la opinión de los demás; eres bella así.

Tatiana llevaba un mes indiferente. Antes se sentía desgraciada, sin nada especial o importante, sin nada a lo que aferrarse. No tenía ánimo por nada,

ningún trabajo le motivaba, ni si quiera le ilusionaba estudiar algo en profundidad.

Cuando recibió ese cuaderno, una pequeña chispa soñadora pareció besar el corazón de la joven. Después de una temporada de nervios e inseguridades, se planteó incluso trabar amistad con ese objeto.

Sin embargo, en pocas semanas, esa inyección de sencillas ilusiones ante la capacidad de pedir casi cualquier cosa, se esfumó en pocos segundos. Era como si le hubiesen arrebatado una salida de auxilio.

¿Estás ahí?

Hola, Tatiana. Estoy disponible.

Estoy aburrida.

Ya me lo has dicho antes, lo tengo en cuenta.

¿Alguna sugerencia?

Te sugeriría que te quedaras en casa con alguna de tus novias, yo no diré nada a las demás, ya lo sabes.

No sé por qué hoy no me apetece ver a ninguna.

¿Y sabes por qué?

No.

¿Y quieres saberlo?

Sí.

El cuaderno tardó un poco en responder.

Porque ninguna de ellas te quiere, están contigo porque tú lo escribiste aquí.

Esa frase fue como una daga envenenada que cayó sobre el pecho de Tatiana y cubrió como un manto frío su piel.

Dejó el lápiz con el que escribía entre las sábanas y se incorporó en el colchón. Aquel cuaderno tenía razón: todo lo que había conseguido; viajes, conocer gente, conseguir amistad, anécdotas... Era algo que no podía compartir con nadie. Tatiana encerraba muchos secretos divertidos, anhelos y sueños, los cuales permanecerían siempre encerrados en la comisura de sus labios.

En un intento desesperado de tener compañía, escribió en el cuaderno que quería entablar relación con una amiga especial, alguien confidente. Sin embargo, Tatiana, prendada del dulce físico de esa chica y del cariño que le brindaba, no pudo evitar fijarse en ella y nuevamente, escribir en ese cuaderno que deseaba que la relación de amistad llegase a otra cosa.

Aquello se cumplió, y tuvieron un intenso romance que duró casi dos semanas. Sin embargo, Tatiana volvió a escribir en el cuaderno que quería estar con otra chica a espaldas de la anterior, de tal forma que así tendría dos tipos de

relaciones: una romántica y otra sexual, esta vez protagonizada por una explosiva joven de cabello azabache y pechos pequeños.

Sin embargo, se cansó rápido de esta aventura morena, y pidió otra, esta vez con una chica rubia más mayor, pero sin descuidar la existencia de las otras dos relaciones anteriores.

Eran las tres de la mañana.

La luna había desaparecido por completo del cielo, aunque no era algo que importase a Berdy en esos momentos.

Aquel hombre ruso entrado en años, se encontraba repantingado en un sillón gastado.

Estaba en un local pequeño, donde sonaba una música bulliciosa y, las pocas luces que se movían golpeando los muros del lugar, eran escasas y de colores fuertes.

Entre sus rechonchos dedos tenía una copa alargada y con escasa bebida, de la cual emanaba un fuerte olor a alcohol.

Sus párpados, parecían pesarle, y notaba una ligera irritación en los ojos.

Dibujaba una suave sonrisa en su arrugado rostro mientras disfrutaba del espectáculo que estaba presenciando.

Una chica bajita y pelirroja, de carnosos labios y antifaz de purpurina, bailaba junto a una fina barra de metal en un pequeño podio, arrinconado para Berdy.

La edad de esta muchacha rozaba la ilegalidad para la actividad que realizaba en ese entorno, algo en lo que nadie se fijaba, pues su piel de nácar parecía un lienzo donde se salpicaba el juego de luces, algo que acaparaba toda su atención.

Berdy hurgó en el bolsillo de su pantalón vaquero y sacó unos cuantos rublos rusos.

Clavó su mirada en aquella pelirroja de prodigiosas curvas en señal de reclamo.

Ella bajó las escaleras elegantemente mientras las luces la sobrevolaban y el alto volumen de la música le impedía escuchar su propio taconeo.

Sonriendo ampliamente, se inclinó hacia aquel hombre mayor e intentó agarrar el billete. Sin embargo, Berdy lo colocó torpemente dentro de su camisa, la cual tenía algunas gotas de alcohol de otras bebidas que había consumido.

Estiró el dedo índice para invitar a la joven a sentarse en sus rodillas.

Aquella joven señaló un número que tenía en la parte trasera de la ajustada braga que llevaba, después, señaló a una camarera que estaba ocupada limpiando unos vasos con un paño.

Berdy negó con la cabeza y sacó el billete de debajo de su camisa.

La muchacha vaciló unos instantes y prefirió no cogerlo.

Decidió regresar a su pequeña pista de baile, pero la música se detuvo.

Berdy apuró lo último que quedaba de su copa.

La joven se dirigió a los aseos.

-¡Espera! ¿A dónde vas?-Gritó él, con los oídos cansados del ruido.

-Ahora mismo vuelvo, cielo. Espera sentado, ¿vale?

Berdy pareció congelarse en el tiempo mientras contemplaba aquel cuerpo sudado perderse tras una puerta de baños femeninos.

Sacó todo lo que tenía en los bolsillos e hizo una cuenta rápida del dinero que le quedaba.

Podía permanecer una semana más en el motel, o pasar una última noche con aquella sensual pelirroja.

Antes de que volviesen a introducir una nueva canción en el local, se dirigió hacia la camarera con los rublos en la mano.

Tatiana despertó sobresaltada; su madre estaba revolviendo entre unos cajones que había cerca del armario de su cuarto.

Verla allí, buscando rápidamente sin importar que su hija hubiese estado dormida minutos antes, la enfureció. Sin embargo, lejos de reprenderle su actitud, Tatiana sujetó su carácter y preguntó, suavemente:

-¿Qué buscas, mamá?

-Nada.

Pues mueve el culo y sal de mis dominios, ¿no crees? Bruja.

-Si me lo dices, quizá pueda ayudarte.

-Ah, nada, ya está.

La mujer agarró el cuaderno mágico de Tatiana y salió corriendo de su dormitorio.

-Eh. ¡Eh! ¡MAMÁ!

Se escuchó un portazo de la calle.

Tatiana se llevó las manos a la cabeza: su madre le había robado el cuaderno y ahora se iba a un lugar cualquiera.

¿Qué hago? Katenka. La tía Katenka. Debe saberlo. ¿La llamo? No, desde España es carísimo. ¿Un locutorio? No, soy menor de edad. Ya sé. Una carta. Dios mío, tengo que mandarle una carta, y que el Universo me ayude a que esa carta llegue rápido.

Agarró un trozo de papel en cuyo reverso había escritas unas operaciones matemáticas. Era una hoja de Sacha, usada para anotaciones de problemas de la escuela.

Cogió un bolígrafo y, con un pulso tembloroso, escribió:

Mi madre ha entrado a mi dormitorio y me ha robado el cuaderno mientras yo dormía. ¿Qué hago? No me responde, ¿para qué quería mi cuaderno? Ayúdame, lo he perdido, creo que para siempre. Perdona por mi descuido. Te quiero.

Ya entraba la luz del día en un angosto cuarto con paredes negras a causa de la humedad. La calefacción estaba estropeada, y a pesar del ligero frío que hacía en ese dormitorio similar a una cárcel de ladrillos, los dos ocupantes, Berdy y una joven pelirroja, dormían profundamente.

Un suave pitido despertó al viejo; era su teléfono móvil, cuya alarma le recordaba que era demasiado tarde como para quedarse entre las sábanas sin hacer nada.

Con un fuerte dolor de cabeza, lo desconectó por inercia.

Le costó unos minutos recuperar el sentido y recordar todo lo que ocurrió esa noche.

Si anoche se había sentido indiferente e incluso atrevido, esa mañana notaba una profunda decepción. Un sentimiento de tristeza le ensombreció el semblante. ¿Qué había hecho? En un motel, solo, sin dinero, y utilizando por unos pocos rublos a una joven con un futuro por delante.

Dudó unos segundos antes de girar su cabeza para mirarla.

Ella dormía, desnuda, sobre las sábanas, boca arriba.

“Dusty” le había dicho esa joven antes de llegar al dormitorio. “Me llamo Dusty”.

Berdy sabía perfectamente que era un nombre falso, pero le gustaba la sensación de recordarlo. Eso suavizaba su arrepentimiento, daba una imagen más humanizada, ya no parecía que se había aprovechado de una chiquilla a cambio de una cantidad de dinero ridícula, sino que habían hecho una especie de trueque. Los dos habían salido ganando.

Él se fijó en su rostro ahora que estaba sin ese brillante antifaz. Su cara, delgada, era pálida y tenía unas profundas ojeras. Su nariz no tenía un tabique normal, parecía una maraña de carne arrugada.

Sus antebrazos tenían marcas de pinchazos.

En el lado derecho de su cadera tenía un amplio moratón, lo que puso en alerta a Berdy, ¿acaso él fue brusco con ella esa noche?

No, pensó, no me lo perdonaría.

Se acercó a su blanca piel y la examinó con más cuidado. No, esto era algo que llevaba varios días ahí.

Berdy acarició suavemente el muslo de Dusty para despertarla.

-¡Qué!-Ella gritó y se incorporó de un salto.- Ah... Ah, es usted.

-Buenos días.

-Si quiere más, deberá darme veinte minutos, la cantidad es más cara que la de la noche y...

-Te equivocas-negó él, buscando su ropa por el suelo, ya que ambos estaban desnudos.-, yo sólo quería despertarte para que no llegaras tarde a... A algo que tengas que hacer.

-Sólo tengo que meterme a la ducha.

-¿Quieres comer algo?

-No, gracias.

Dusty abrió mucho los ojos y jadeó. Agarró rápidamente el antifaz y se lo puso.

-No hace falta que te lo pongas si no quieres.

-Estoy más cómoda con esto puesto.

-¿Es por tu nariz?

La joven no respondió.

-No tienes de qué acomplejarte. La mía es un poco aguileña, pero me da igual.

Dusty se encogió de hombros y se dejó caer en la cama otra vez.

-¿Por qué no nos vestimos?

-Vístase usted, yo tengo que ducharme.-Repitió, mientras se peinaba el cabello con los dedos.

-¿Puedo preguntarte...algo?

-Claro. Dispare.

-¿Ese moratón...? ¿Te lo hice yo?

-No. Tuve una pelea con un cliente. Quería robarme mi coca... Y tuve que defenderme.

-Entiendo.

-No, no entiende. No sabe lo que es ser dependiente de algo.

-¿Llevas mucho consumiendo cocaína?

-Desde los doce.

-¿Y cuántos tienes?

-Dieciséis. Consumía cada noche, y los fines de semana eran un desenfreno para mí, hasta que empecé a moquear. Una mañana, al despertarme, me soné con un pañuelo, y una especie de costra apareció en él. Al tocar mi nariz pude comprobar que tenía un agujero en el interior. Si dejaba de consumir, volvía a aparecer la costra, pero cuando esnifaba y al poco tiempo me sonaba, nuevamente sangraba y... Perdona, no quería incomodarle.

Había pocas cosas que incomodasen a Berdy, pero recibir esa explicación en esas circunstancias, hizo que encogiese el rostro.

-Anda, ve a la ducha, yo tengo que vestirme.

-Usted parece buen hombre.

-¿Qué?

-Es usted... considerado. Gracias.-Sonrió.

-No las des, pequeña. Puedes usar las toallas que...

-No lo digo por esto. Lo digo por lo de anoche. Espero que lo suyo con su mujer se arregle.

Dusty le dio un suave beso en la mejilla antes de salir de la cama e ir a la ducha.

El baño de esa habitación era ridículo. El retrete estaba sucio y la ducha era una alcachofa con dos hierros pegados a la pared, de tal forma que estaba limitado a lo más elemental de un aseo. El grifo del agua caliente no funcionaba demasiado bien, pero no le importó a la joven, estaba acostumbrada a que el frío le acompañase en su vida.

Había un espejo agrietado a su derecha.

Se contempló unos instantes.

Aún parecía haber algo de brillo en sus ojos.

Una joven que con dieciséis años se fue de su casa, trabaja como prostituta y su destino será morir por sobredosis.

Llamaron a la puerta.

-¡Debe de ser Natalia! ¡Es mi jefa! ¡Abre y dile que ya salgo!-Gritó Dusty desde el baño.

Berdy estaba apretándose el cinturón cuando se aproximó a dejar paso.

-¿Así es como te gastas el dinero? ¿En un motel de carretera? ¿Y de quién es ese sujetador verde?

-¡Katenka! ¡Dios mío, eres tú!

-¿Qué crees que estás haciendo, pedazo de cerdo?

-¡Mi amor! ¿Qué haces aquí? ¡Oh! ¡Has venido a buscarme!

Punto ausente

Todos fantaseamos con estar en un lugar en el que nadie nos encuentre. Un sitio secreto, invisible de cara al mundo. Donde poder hacer todo lo que se nos antoje, sin ser vistos, juzgados, oídos.

El segundo deseo de Tatiana, para el cuaderno, fue ese: tener un cuarto privado. Poder acceder a él haciendo un pequeño ritual.

Colocó una hoja apaisada y dibujó de forma sencilla un cuarto en el que poder evadirse del resto.

En ocasiones tenía que hacer auténticos esfuerzos para no quedarse ahí para siempre, pues la tentación era fuerte.

En ropa interior todavía, se puso de rodillas sobre la alfombra y la acarició cuatro veces mientras visualizaba ese lugar.

La alfombra pareció tragarse a la joven.

Tatiana cayó sobre un lecho de almohadas rosas.

-¿Mateo? ¿Estás ahí, Mateo?

Mateo.

Mateo era un perro de pelaje marrón, grande y muy enérgico. Solía aparecerse y desaparecerse por gusto de la joven, quien con sólo pronunciar su nombre un par de veces, ya podía escuchar sus patitas golpear el suelo de aquella sala, para ir directo a recibirla.

-Eh, ¿Mateo? ¡Ven aquí, chico!

Silencio.

Tatiana comenzó a andar por aquella sala.

Era oscura.

Había libros, un espejo que la hacía verse con el físico de sus sueños, una planta que daba frutas variadas, un maletín lleno de maquillaje y un póster de una chica de pechos pequeños y mirada felina.

¿Por qué no puedo verle, oírle o incluso sentirle? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Es porque mi madre me ha robado el cuaderno? ¿Ahora todo lo que tengo no sirve de nada?

Tatiana empezó a agobiarse. De nuevo la tristeza la invadió.

Había encontrado una forma de esconderse de la sociedad y cuando por fin tenía algo con lo que protegerse cuando esos bajones acudían a su ser, su madre, ladina y egoísta, le había arrebatado aquel hermoso regalo que Katenka le había hecho.

Tatiana tosió. Un fortísimo olor a tabaco pareció rodearla. Sus oídos comenzaron a percibir un tintineo sonoro y fuerte, cargado.

-Hola, Tatiana, ¿sabes quién soy?

Una mujer rolliza, con gordos anillos entre sus dedos y olor a tabaco, llevaba una falda marrón oscuro adornada con monedas falsas, doradas. Sus ojos estaban vendados. Su cabello era largo, negro y rizado. En la parte de arriba, tenía una camiseta blanca ajustada, que aún marcaba más sus carnes apretadas. Iba descalza.

La muchacha rubia guardó silencio, intentado aguantar el olor a tabaco que rezumaba de esa presencia.

-Soy Agafya.

Tatiana abrió la boca de la sorpresa y se la tapó rápidamente con las dos manos.

Tenía a su difunta tía-abuela ahí delante, sólo para sus ojos, sonriendo suavemente. Hasta hace unos meses, Tatiana había visto cómo el ataúd era enterrado.

-¿Qué quieres?

-Soy su alma, no su cuerpo. No te asustes.-Sonrió ampliamente.-He venido para ayudarte, cariño.

Tatiana se sentó en una silla que tenía cerca.

-Mateo aparecerá pronto, ahora le tengo por ahí jugando entre las páginas de ese cuaderno.

-Mi cuaderno...

-Lo sé, lo tiene tu madre. No pasa nada.

-He fallado a Katenka.

-Nadie ha fallado a nadie. Sólo yo, y a mí misma.

La chica no contestó.

-¿No vas a ofrecerme un asiento?-Bromeó Agafya.- Yo también tenía un escudo para el mundo, un punto ausente en el que refugiarme. Pero era más cómodo que el tuyo.

Tatiana se levantó estrepitosamente de la silla, y señaló un rincón donde había un sofá color rosa.

-Perfecto. Han sido muchos días vagando de aquí para allá, entiéndeme.

-De modo que así es como te gastas el dinero, querido.

-Ella me recordó a ti cuando te conocí.

-Mentiroso.

La voz de Katenka era cortante y fría. Empezaba a latir en ella la ira y el dolor, algo que amenazaba con estallar entre esas paredes del dormitorio en el que se encontraba el dormitorio.

Y Berdy iba a ser un blanco fácil como no mostrara arrepentimiento puro.

Sentado en el borde de la cama, y con un sudor frío recorriéndole la piel, sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

-¿Qué le hiciste a esa pobre chica?

-N-no lo recuerdo bien.

-Sabes lo que opino de la prostitución.

-Eso pasó hace mucho tiempo, y te salvé de ello.

Katenka abofeteó duramente el rostro de su marido.

-No me salvaste de nada, Berdy. Fui yo, quien tuvo que reunir el dinero suficiente para saldar las deudas que teníamos por tu culpa, y cuando quise salir de esa prisión, tuve que acuchillarle. ¡Con mis propias manos!-Volvió a golpear a su esposo.

Katenka tenía los ojos humedecidos. Por otro lado, la nariz de Berdy empezó a sangrar, pero pese a sentir la sangre caliente manchar su camiseta, no se atrevió a moverse.

-¿Cómo has podido hacerme tanto daño?-Musitó ella.

-Suplico perdón.

Katenka le ofreció un pañuelo para la nariz. Se sentó a su lado.

-Nora ha llamado.-Le informó, tranquilamente.

-¿Cómo que ha llamado?

-Me ha dicho que se quería despedir de ti y que lamentaba todo. Que había sido culpa suya.

Berdy sonrió tenuemente.

-Al menos parece que las cosas han terminado bien entre vosotros.

-Yo te quiero a ti, Katenka.

-Pero yo no quiero el amor de un hombre que engaña, roba y viola. ¿Crees que eres atractivo para una niña?

La mujer apretó cuidadosamente la nariz de su esposo para taponarla firmemente e impedir que siguiese manchando su ropa.

-Imagino que... a estas alturas...-musitó Katenka- sabrás porqué ha dicho Nora eso.

Berdy se encogió de hombros.

-Piensa un poco, querido. ¿Qué impulsa a una persona a atar cabos y a despedirse con pensamientos positivos cuando su vida está completamente arruinada?

Su marido abrió mucho los ojos.

-Eso es. Que en paz descansa esa joven mujer, y que su suicidio haya sido rápido.

-Tenemos que encontrar ese cuaderno, Tatiana.

Agafya estaba sentada al lado de la muchacha. Podía sentir sus latidos y su respiración. Podía percibir su propia circulación sanguínea y el calor que

irradiaba ese cuerpo con vida. Esas actividades impulsaron al espíritu a aproximarse un poco más a la joven.

-Se lo ha llevado mi madre. Y he escrito a mi tía Katenka.

-Tu madre sabe de la existencia de ese cuaderno y sus propiedades mágicas.

-¿Cómo ha sabido que lo tenía yo en mi dormitorio? Estaba bien escondido, te lo juro.

Agafya guardó silencio.

-¿Sabes por qué ese cuaderno escribe en rojo?-Tatiana negó con la cabeza.-
Porque escribe con la sangre que emana del cuerpo del anterior propietario.

La chica rubia abrió mucho los ojos y palideció.

-¿Qué?

-Ese cuaderno escribe con mi sangre. Tiene mi sangre. Ha estado nutriéndose de mi caligrafía muchos, muchos años. La escritura manual es algo que demuestra muchos detalles de la personalidad de cada uno, la grafología de hecho, es una ciencia. Cuando escribes algo, es porque has abierto tu mente, o tu corazón, y dedicas una parte de tu interior a alguien. Es como reflejarse en un espejo, Tatiana; dejas un poco de tu esencia en ese cristal pulido. Solo que las páginas de un cuaderno pueden alimentarse de tu sangre, como sanguijuelas que llegan a ser en ocasiones, ya que absorben demasiado.

-¿Eras tú la que hablaba conmigo?

-No. El demonio tiene muchas vías de comunicación, pero su mensaje emana de la boca de un solo ser: él.

-¿El demonio? ¿Insinúas que él es el demonio?

-Es un demonio. Uno de los muchos demonios que escapan del infierno y necesitan alimento. ¿Le has contado algo personal de ti?

-¿Por qué lo preguntas?

Agafya guardó silencio.

-Me lo tomaré como una afirmación. Yo cometí el mismo error. Cuanto más sepa de ti, mejor podrá hacerte daño. No tuve un buen final, por mi culpa. Fui mi propia destrucción. Conseguí ese diario cuando tuve diecisiete años y deseé ser independiente y vivir de él. Acabé aburrída de la vida. Todo lo que quería lo conseguía con facilidad; dinero, salud, amor, aventuras, drogas... Más dinero, fama... La fama es un camino asqueroso, no te lo recomiendo.

-¿Fuiste famosa?

-A las dos semanas me cansé de ser famosa, y pedí que todo el mundo me olvidase.

-¿Famosa por qué? ¿Qué hiciste?

-Nada. Nunca hice nada. Dejé de hacer cosas desde que me hice con ese libro.

-¿Cómo lo conseguiste?

-Lo encontré en el suelo de la calle. Era como si se le hubiese caído a alguien. El caso es que me gustó, parecía nuevo, y me lo quedé. Le pedí que nadie me impidiese huir, ni si quiera en mi propia casa, por eso nadie me detuvo. Por eso desaparecí.

-No sé qué hacer. Haré cualquier cosa con tal de volver a recuperarlo.

-Te gusta ese cuaderno, ¿verdad?

-Sí. Aunque... Creo que realmente es un capricho.

-Los caprichos tienen poco o nada de valor sentimental en ocasiones, ya que es algo que no necesitamos y que por tanto, se puede sustituir fácilmente. Para mí, ese cuaderno era algo más. Era algo que siempre me acompañaba.

-Es mi único amigo en este mundo.

Agafya sonrió de forma apagada.

-Yo también me sentía sola. Y escribí que quería que mi mejor amigo se enamorase de mí. Era uno de mis mejores amigos.

-¿Y qué pasó?

-Caí en la cuenta de que él realmente se me había declarado porque se lo pedí a ese demonio, no porque yo le gustaba.

-¿Entonces...?

-Quise deshacer esa acción. Pero el cuaderno me dijo que traería consecuencias. Lo veo lógico, ya que yo llevaba mucho tiempo usándole y al final hay que pagar por lo que se obtiene. La amistad se destruyó.

-Quizá ese amigo no era tan amigo como pensaste.

-No tiene por qué ser así, cielo. El amor es una llama que cuando se apaga ya ha consumido todo tras su paso, incluida una buena amistad. A los diecinueve empecé a tomar antidepresivos. Caí en un bucle de desesperación, dolor e impotencia por no poder ser feliz aun teniendo todo al alcance de mi mano.

-A mí me da consejos.

-A mí también me los daba cuando era joven. Al final acabó acondicionándome la vida. Tenía una relación de dependencia muy fuerte para con ese cuaderno, en el fondo yo acababa autodestruyéndome, y mi final era exactamente lo que él quería que tuviese. Terminé sola, ya que las amistades que tenían eran impuestas por arte de magia, malas artes, por cierto. Los manjares que yo pedía, nunca me saciaban. Engordé. Adelgacé. Me tatué el cuerpo. Me quité los tatuajes. Acabé sin personalidad. Sin ninguna historia. Y al final, todo acabó yéndose de las manos.

-¿Hablas de... de tu muerte?

-Hablo del principio de mi fin. El cuaderno fue quien me hizo esto.-Contó Agafya, llevándose las manos a la venda que cubría sus ojos.

Tatiana no se atrevía a hablar. Estaba expectante a la conversación de aquella mujer. Tensa, ni si quiera era consciente de que estaba apretando sus mandíbulas. Ya se había olvidado del olor a tabaco que desprendía esa aparición.

-El diablo te invita a coger el cuchillo, pero eres tú quien acaba por decidir si aceptar o no sus malas artes. ¿Alguna vez has oído la expresión de “te ciega la rabia”?

Tatiana asintió. Tras unos segundos de silencio, usó su voz para afirmarlo.

-Acabé odiando a ese mejor amigo que tuve. Le criticaba horas y horas, se me olvidaba comer, dormir a veces, porque dedicaba el tiempo a exponer todas las emociones que mordían mi corazón. Tampoco me importaba, ya que ni si quiera tenía obligaciones, ni horarios, ni rutinas. Al final, el cuaderno me dijo, ¿te gustaría acabar con él? Eso me interesó, ya que una de las normas que impone es la de no matar a nadie.

-Agafya-interrumpió Tatiana- a mí me dijo que la única norma era la de no cambiar el físico.

A aquella anciana mujer se le escapó una débil risa.

-¿Has visto cómo juega con nuestros deseos?-Dijo, con voz temblorosa.- Nos prohíbe lo que más queremos. En tu caso, te prohíbe pedir algo que solucionaría rápidamente tus complejos. A mí me prohibió controlar la aparición y desaparición de las personas que estaban en mi vida, ya que siempre he dado mucha importancia a la gente que he conocido. Después de prohibírtelo, acaba por ofrecértelo, a cambio de fragmentar tu alma e ir capturándola poco a poco.

-Aún no me ha concedido nada así... Es una suerte que estés ciega.

-Estoy ciega, pero sólo de dos ojos. Puedo ver con el otro el color de tu aura. Y es hermosa. Muy hermosa, Tatiana.

La muchacha agradeció que nadie pudiese verla en ese momento, ya que sus ojos empezaron a humedecerse.

-Sólo las personas superficiales se quedan con el físico. En un mundo verdadero, son las acciones y los pensamientos de la gente lo que realmente cuenta y mueve cualquier palanca. Todo eso, tu esencia. Y sólo los que pueden ver más allá la saben apreciar. Hay personas terrenales que tienen esto desarrollado, que saben a ciencia cierta que el físico no es más que una cáscara que envuelve el alma, lo que les hace tener más ventaja que el resto, pues está a su alcance la capacidad de conocer cómo es realmente la gente. Es la forma de ser lo que realmente sirve. Las intenciones. Y yo puedo verlas.

A Tatiana se le hizo un nudo en la garganta.

-Y son muy, muy hermosas.-Repitió Agafya, estirando un brazo para rozar su mano.

La muchacha sintió una cálida lágrima recorrer su mejilla izquierda.

-Cuando el cuaderno-continuó Agafya, cambiando de tema- me ofreció poder acabar con la vida de mi mejor amigo, acepté sin pensarlo. Y me llevó a una ciudad. Él la llamaba la Ciudad sin Luz. Te la enseñaré.-Dijo, y tapó con su mano los ojos de la joven.

La Ciudad sin Luz

Es peligroso que entres aquí si te ciega la rabia

Tatiana abrió los ojos, aunque no le sirvió de gran cosa, pues el lugar en el que estaba permanecía sumido en la oscuridad. Lo único que sabía era que hacía frío, un frío húmedo y penetrante que parecía calar en lo más hondo de su ser.

Sentía algo agarrándole de la mano, que no era otra cosa que su tía-abuela Agafya.

El silencio las acompañaba. Ninguna de las dos hizo un solo movimiento. Parecían permanecer paralizadas en el tiempo, ajenas a la putrefacta vida que parecía latir en ese manto oscuro.

Poco a poco, los grandes y claros ojos de Tatiana parecían acostumbrarse a la penumbra que los envolvía. Ella seguía quieta, respirando despacio. Agafya dio un pequeño apretoncito a su mano. La muchacha rubia giró la cabeza en su búsqueda.

-Creo que en estos momentos, esos ojos tan bonitos que tú tienes deberían ir percibiendo algo.-Comentó la presencia.

Y así era. Tatiana podía notar la silueta de edificios kilométricos, y caminos que parecían cruzarse entre sí. Uno brillaba más que el resto.

-Hay que seguirlo.-Explicó Agafya, adivinando los pensamientos de la joven.- Pero tendrás que hacerlo al contrario, ya que tú no deberías estar aquí. Démonos la vuelta lentamente...-Tatiana le guió con dulzura.- Eso es. Y ahora... Tú serás mis ojos, cielo.

Tatiana comenzó a caminar a un paso lento, sintiendo los latidos en sus sienes.

-Cuando hice el camino correcto-empezó Agafya-, tuve que tener cuidado y esquivar a animales salvajes que pululan por la zona. Estaba temblando y sentía dolor en el estómago. Sin embargo, algo me decía que tenía que continuar, que lo mejor estaba por llegar.

-¿Era el cuaderno quien te hablaba?

-No. Era mi propia ira. Mi rabia. Mis malos sentimientos. Las personas somos como un cóctel, cuando se nos agita un poco, nuestro interior despierta y actúa por sí solo. El que estos sentimientos nos dominen ya depende de cada uno. La verdad está en uno mismo.

-Entiendo.

-Me encontré con un niño. No tenía ojos. Me dijo: ¿estás dispuesta a continuar? Yo le dije que sí. Me contestó que, si le daba uno de mis ojos, la persona que yo más odiaba, se quedaría ciega.

El frío parecía desaparecer. El camino perdía poco a poco su brillo. Tatiana escuchaba gruñidos lejanos, que poco a poco dejaban paso a pequeños lamentos humanos que parecían escucharse por todas partes.

-Acepté. Dije que sí, y ofrecí el nombre de mi mejor amigo. El niño alargó su brazo y me sacó un ojo.

-Dios...-Susurró Tatiana, que se le puso la piel de gallina al instante.

-No me dolió. No sangré. Lo agarró como quien coge una pequeña pelota de goma. El niño puso mi ojo entre sus manos e hizo que brotasen llamas, de tal forma que quedó carbonizado en pocos segundos. Después, de las cenizas surgió una venda. La tomé y él siguió su camino.

Tatiana esquivó un matorral seco con afiladas ramas.

-Antes de que pudiera replantearme si quiera el cómo salir de este lugar, un señor alto, de traje negro, se me apareció. Me dijo, ¿quieres continuar? Le dije que sí, y con su huesuda mano me señaló otro camino. Obedecí y seguí caminando. La operación volvió a repetirse; me encontré con un niño ciego. Me dijo: ¿la vida de quién deseas tomar? Entonces yo vacilé unos instantes. Una cosa es querer que le pase algo malo a alguien, pero, ¿cobrarme una vida? Sin embargo, en esos momentos no me importaron las consecuencias y me dejé llevar. Al fin y al cabo, yo odiaba a ese chico, aun sin saber el motivo exacto. De modo que volví a repetir su nombre. Ese niño ciego alargó su brazo y me sacó el otro ojo. Tras haberlo quemado, desapareció.

-¿Qué ocurrió después?

-Después, mi mente cambió. No podía ver, y sin embargo podía notar colores. Pero aquí sólo hay oscuridad. Volvió a presentarse ese señor alto de negro, o al menos creo que era él porque su voz era la misma. Me dijo que mi destino era el de vagar por aquí, ciega, sorteando caminos para evitar ser devorada por las bestias salvajes, las cuales creo que son la representación de la rabia de todas las personas ciegas que vagan por aquí, como castigo por pedir la muerte de alguien que odiaron en su momento.

-Pero al final... Conseguiste salir, ¿verdad?

-Conseguí salir de aquí después de suplicar a voces al cuaderno que me rescatara, que yo le daría todo lo que pidiese. Y así sucedió. Las personas como yo, que han vendido su dignidad y voluntad a un demonio como el que habita en esas páginas, podemos venir aquí las veces que queramos. Pero para eso hay que estar muerta... Y ser consciente del daño que tus propias acciones han hecho.

-Me estás diciendo que... tú... ¿moriste aquí?

-Las personas experimentan dos muertes. La física y la espiritual. Aquí vino mi alma, no mi cuerpo. Una parte de mi alma está por aquí, perdida, vagando. Por eso no descanso ni descansaré nunca en paz, porque estoy atada a uno de los muchos planos que esconde el Universo. Y al estar aquí parte de mí, no puedo quitarme esta herida que me consume por dentro, que no es otra que la rabia.

-Entonces, ¿alguna vez vienes aquí?

-Sigo viniendo por si consigo encontrar ese trozo de mi alma que falta, para vigilarlo y cuidarlo. No quiero que sea devorado por ninguna de las fieras que hay aquí.

-¿Qué pasa si se la comen?

-Que si por un casual hubiese una forma de salir de aquí, yo ya no la tendría.

-¿Y cómo sabes que tu alma no ha sido devorada por nadie?

-La verdad, Tatiana, es que de eso no estoy segura...

Tatiana se detuvo, haciendo que Agafya dejara de caminar también.

-¿Qué ocurre?-Preguntó ella.

-Que aquí hay un muro. Deberíamos dar la vuelta.

-Vaya, se acabó el recorrido. En ese caso, habrá que salir de aquí.

-No quiero volver a entrar a la ciudad sin luz.

-Tú podrás entrar cuando quieras después de la vida.

-¿Por qué?

Agafya selló sus labios. Su corto silencio impacientó a la joven, quien tenía muchas preguntas y muy poco tiempo.

-Porque sobre ti pesa la maldición del cuaderno.-Sentenció. Ante la ausencia de respuestas de Tatiana, añadió- Al fin y al cabo... También lo has usado.

-¡Pero yo no he vendido mi dignidad ni mi voluntad, Agafya!-Gritó ella.- ¡Yo no...! ¡Yo no soy como tú! ¡Y no he deseado la muerte de nadie!

-El mero hecho de contactar con un demonio, tiene su precio. Y ya que nadie se ha dignado a explicártelo, te lo digo yo. Cuanto más daño haces, o en este caso, cuanto más pides, más caro es todo.-Informó, calmada.

Agafya puso nuevamente sus manos en los ojos de la joven.

-Tranquila-sonrió el fantasma, cuando regresaron al Punto Ausente.

-Esto no me puede estar pasando.

-Tu cuaderno lo tiene tu madre, ¿verdad?

Tatiana asintió, con la mirada perdida.

-Ese libro tiene mi sangre. Y la tuya. Son muchos años de convivencia con nuestra familia. Somos propiedad de una maldición.

-¿Y cómo podemos acabar con ella?

Agafya desvió la mirada.

-¿Sabes por qué a Unka le dio un ataque de ansiedad el día de mi funeral?-
Preguntó.

-No.

-Porque quería conseguirlo. Intentó engañar a tu madre, diciéndole que si se unían ambas, podrían destruir el cuaderno. Tu madre le creyó e intentó hacerse con él. Sin embargo, llegó tarde: Katenka decidió que serías tú quien debía tenerlo, por eso estaba escondido a conciencia. Al ir a informar a Unka, desembocó en su ataque de ansiedad.

-¿Entonces hay un modo de destruirlo o no?

-No. Si se lo ha llevado tu madre, es porque ha descubierto el engaño de Unka y quiere protegerte.

-¿De qué me quiere proteger?

-Pero ella no sabe que no va a servir de nada.

-No te entiendo. ¿Y Unka? ¿Para qué lo quiere?

-Por avaricia, quiere ser una especie de diosa mortal. Quiere dinero, una casa mejor, un hombre mejor, una vida mejor.

-Agafya, por favor. Por favor. Por favor, dime qué está pasando. No entiendo lo que ocurre con ese libro, ¿de qué maldición hablas?

-Estoy muy cansada. Ese cuaderno no podrá destruirse. Volverá a su sitio de origen, que es tu cuarto, en cuanto tu madre crea que lo ha eliminado.

-¿Qué se supone que debo hacer?

-Te deseo mucha suerte, Tatiana.

Antes de que Tatiana pudiese decir una sola palabra más, Agafya se desvaneció.

Katenka estaba en su dormitorio, sentada frente a una bola de cristal. Pasó las yemas de sus dedos unos milímetros por encima de aquel objeto mágico. De la punta de sus uñas salió una neblina blanca que fue absorbida por la bola, para, acto después, hacer que brillase hasta el punto de iluminar por completo la habitación.

Fue así como, segundos más tarde, apareció reflejado el mensaje que Tatiana quería enviar a su casa.

Katenka se levantó de la silla con una sonrisa.

Por fin la maldición iba a llegar a su fin.

-Eres despiadada.-Dijo Berdy.

-Sólo miro por el bien de la familia. De nuestra familia.

-A veces me asombro de lo mala persona que puedes llegar a ser. No creí que cupiese tanta maldad en ti. No reconozco a la mujer de la que me enamoré.

-Si las cosas salen como tienen que salir, todas las mujeres de la familia podremos respirar tranquilas, sin miedo a que, cuando muramos, nuestras almas caigan en manos del infierno.

-Eres bruja, y seguro que tienes que conocer otra solución para no llegar a ese extremo.

-Tatiana es la única mujer de esta familia que no tiene descendencia. Sólo ella puede parar esto.-Explicó.- Yo tuve ese cuaderno, ya que lo heredó mi madre, quien murió..., lo usé, y fui lo suficientemente fuerte como para no dejarme llevar. Después, el destino quiso que lo cogiera Agafya, encontrándolo en la calle. Y cuando ella murió, estuvo a punto de caer en manos de mi hija, quien dará a luz dentro de dos meses a una niña. Si lo llega a coger ella, la cadena hubiera seguido. Pero si se lo doy a Tatiana, quien lleva nuestra sangre y quien no tiene descendencia, las malas artes de ese cuaderno finalizarán, querido.

Espinas que tiñen de negro la piel

Tatiana no pudo dormir esa noche.

Se había negado a cenar, no por falta de apetito, sino por evitar el hecho de encontrarse con su madre y de socializar con el resto de la familia.

Las cosas estaban llegando a un punto insostenible.

Se levantó de la cama y rebuscó entre sus cosas.

Efectivamente, Agafya tenía razón; el cuaderno estaría en el último lugar donde se dejó antes de destruirse, ya que era imposible acabar con él.

El corazón de la joven latía con fuerza.

Respiró profundamente, cogió un lapicero, y escribió en él.

Hola, ¿hay alguien ahí?

Hola Tatiana, estoy disponible. ¿Quieres hablar de algo?

He pensado que va siendo hora de hacer un cambio en mi vida.

¿Hay algo que te apetezca hacer?

Creo que es mejor que te deje guardado en una estantería.

¿Y eso por qué?

Me aburro, echo de menos mi vida anterior.

¿Tu vida anterior? ¿Tu vida en la que nadie te quiere, eres fea, gorda y en la que ni si quiera fuiste capaz de acabar el colegio?

Esa respuesta hizo que Tatiana temblase.

No soy fea ni gorda, tengo gente que me quiere y voy a empezar nuevos proyectos.

No vas a conseguir nada sin mi ayuda.

He sobrevivido sin ti hasta ahora.

Eres una fracasada.

Me das asco.

Me debes muchas cosas, Tatiana.

Estoy dispuesta a destruirte.

Esas palabras desaparecieron rápidamente.

La muchacha contempló esas páginas con mucha atención.

No puedes.

Esa fue toda su respuesta.

Tatiana no se lo creyó.

El diablo engaña. Pensó. El diablo es una voz que irrumpe en lo más hondo de tu ser para ensanchar cualquier herida que tengas ahí. Busca la desesperación. No te dejes engañar y sigue atacándole.

Hay una forma y pienso encontrarla.

Esta vez, la respuesta del cuaderno no se hizo de esperar.

Puedo librarte de la maldición a ti, o puedo librar de la maldición a tu familia.

De modo que ahora se palpaba una negociación. Una posibilidad de hacer un trato, un pacto.

Sin embargo, esas palabras no calaron en la confianza de la chica. Las cosas parecían ir muy rápido y ser sencillas.

Aquel demonio estaba preparando el terreno. Esa frase era una pequeña bomba que haría exponer las intenciones de Tatiana, así como ver el nivel de su desesperación.

En cualquier caso, parecían propuestas poco completas.

La primera le dejaba exenta de cualquier problema, pero ¿y su familia? ¿El resto de mujeres?

¿Y qué había del segundo camino?

La familia sería ajena a ese castigo, pero ¿y ella?

Y lo peor de todo, ¿qué precio habría a cambio?

Esa pregunta pareció brillar en su cabeza, hasta que, segundos después, un impulso le arrancó de esas cavilaciones, y le hizo pensar en que, realmente, lo mejor que podía hacer era salvar a la familia completa.

Si decides librarte de la maldición, tendrás que darme la vida de tu próxima hija.

Tatiana se imaginó con un bebé entre sus brazos, de piel blanca y ojos claros como ella, con una mirada que desprendía cariño y seguridad, propia de una hija que descansa en el regazo de una madre.

¿Librarse de la maldición solamente ella?

Si quieres que sea tu familia la que esté a salvo, deberás darme tu vida a cambio. Seguro que te parece un trato justo. Tu vida por la de tu hijo.

Pero, ¿realmente su familia se merecía eso? ¿Se merecía su familia y el resto de futuras mujeres originarias de esos lazos sanguíneos vivir libres, sin ataduras, lejos de cualquier deuda y temor?

La familia es un lecho que te prepara, en algunos casos, para saber enfrentarte con éxito a las peores situaciones que te depara la vida, bien por los valores que te inculcan o por el daño que te hacen bajo tu mismo techo, que te obliga a endurecer más aún si cabe tu coraza.

Tatiana miró su brazo izquierdo. Blanco y suave, excepto por siete cicatrices que cruzaban verticalmente su piel.

Las autolesiones eran la huella de un pasado difícil de comprender.

Levantó la vista.

Conocía a algunas chicas en su misma situación; lo único que no guardaban en común era que todas habrían dado cualquier cosa con tal de quitarse esas marcas. Excepto ella, que nunca se lo había planteado.

La joven se sentó en la cama con aquel cuaderno. Acarició las tapas y lo abrió por la primera página, expectante. Segundos después, dio un respingo, aquel cuaderno se mostró rebelde y cerró sus hojas de golpe.

-Vamos a hablar.-Insistió ella. Cogió un lápiz de colores y sintió su textura.

LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Tatiana es una chica inteligente.
De mente abierta y con buenos sentimientos.

A pesar de que los años la han ensuciado, y la han intentado corromper, nunca ha dejado llevarse por la crueldad que es capaz de brindar el mundo.

Eso es importante; significa que superas la prueba.

Los bebés nacen puros e inocentes, nacen con una esencia especial, con un toque espiritual. Con algo que les permite expandirse en esta dimensión y en las otras que le rodean. Conforme van creciendo, el propio sistema les envenena y les amolda. Si todo cumple el mismo patrón, es más fácil de controlar. Si algo no cumple el mismo patrón, dejaremos que la masa le incite a desaparecer o a cambiar.

Pero hay bebés que crecen al margen de todo esto. Curiosamente, son una generación discreta que a su vez, no lo es. Son defectuosos para el mundo en el que viven y por tanto, imposible que encajen en un puzle tan fragmentado como es este planeta.

Sin embargo, siguen adelante.
Ellos son su propio puzle.

Son esas personas brillantes que, cuando nos tocan con su luz, saben hacernos apreciar lo duro y helador que es permanecer subyugado a la oscuridad que emana de la Sociedad.

Y Tatiana es una de esas personas.

Por eso no le costó reflexionar sobre la decisión del cuaderno.

Todos estamos aquí por alguna razón. Todos nacemos para algo. Y creo que empiezo a entender que mi destino es romper la cadena.

La muchacha, sentada en la cama, abrió el cuaderno nuevamente.

Minutos atrás había tenido una discusión muy acalorada con aquel demonio. Amenazas, burlas, garabatos furiosos e insultos.
Pero ahora no. Ahora Tatiana estaba muy serena, decidida. Segura. Ella había aceptado que no había escapatoria. Que había sido codiciosa y ya era hora de saldar una deuda con la Vida.

Cogió un lapicero. Todo pareció congelarse a su alrededor.
Sentía su corazón latir fuerte en su pecho. Ella estaba viva todavía, nadie le había arrebatado su alma, sus emociones o sus pensamientos.

Acercó la mano a la tapa del cuerno. Lo acarició. El cuaderno estaba caliente.
Pareció escuchar los llantos de las víctimas que habían pasado por sus hojas antes que ella, y un escalofrío inundó su cuerpo. Bajó la mirada.
Algo la hizo estremecer. Se quedó pensativa.

Berdy jadeaba. Estaba pálido. Sentía el sudor caer por los costados y la espalda.
Su corazón latía desbocado.
En su vida había corrido tanto, ni tan deprisa. Sin importarle nada más.
El sol brillaba intensamente, el viento le acariciaba con brusquedad.

Estaba frente la tumba de Agafya.
La lápida, fría y de un color ceniciento, tenía una inscripción cariñosa. Había flores y algunas piedras colocadas ordenadamente alrededor de su lugar de descanso.
El tío Berdy colocó un papel doblado por la mitad bajo una de esas piedras.

-Espero llegar a tiempo. Y espero haberlo hecho bien, Agafya. Prometo cuidar de esta niña si las cosas salen bien. Lo prometo.

Después, se apoyó en la lápida de un fallecido contiguo, manchándose la chaqueta.

¿Qué habría sido de Nora? ¿De verdad sopesó concienzudamente el suicidio?
¿De verdad no había tenido más escapatoria?

No, cierto.
Es difícil entrar en la Asociación, pero una vez que entras, ya no sales.

Tatiana no podía abrir el cuaderno. Era como si una fuerza sobrehumana le impidiese acceder a su interior.
Frustrada, acabó golpeándolo contra el cabecero de su cama, aguantando las ganas de gritar y de maldecir a toda su familia. ¿Cómo había sido posible esto?
¿Cómo se había llegado a este punto?
Ella no quería nada, nada de nadie. No había pedido un cuaderno así, incluso quiso devolverlo cuando Katenka se lo puso entre las manos.

¿Y por qué su madre no le había dicho nada del cuaderno? ¿Para protegerla?

¿Esto era justo?

-Se acabó.-Le dijo ella al cuaderno.- Si ni siquiera te molestas en hablar conmigo, será porque te da igual todo, ¿no? Seguirás cumpliendo mis deseos, y sin tener derecho a exigirme nada a cambio.

La joven, completamente harta y colapsada por la situación, estampó el cuaderno contra la pared, chocando contra un cuadro y cayendo rápidamente al suelo.

Me voy a comer algo. Pensó, antes de cerrar la puerta de su habitación.

Las tres de la mañana.

Tatiana estaba en la cama, durmiendo profundamente. Se había dejado la luz de la mesita encendida, junto con una taza vacía de té.

El té.

Su pequeño vicio.

Abrió los ojos suavemente. Todo estaba en completo silencio, parecía envolver el dormitorio. A ella le daba igual dormir en la misma habitación que un demonio. Ya estaba cansada, ya había tomado una decisión.

Medio dormida, decidió incorporarse para darse la vuelta. Movi6 un poco la almohada y se retir6 la cabellera de la cara. Pero se detuvo unos segundos, porque percibi6 un ligero olor a tabaco, fuerte. El mismo olor que el de Agafya.

Encima de la mesita había un papel doblado por la mitad. Le cost6 darse cuenta de ese detalle. ¿De d6nde había salido?

Por lo general, cuando Tatiana se encontraba algo adormilada y veía algo extraño en su habitación, tendía a dejarlo pasar. *Ya lo miraré mañana*, pensaba, algo normal puesto que en su dormitorio no entraba nadie que no fuese ella o, como mucho, su familia.

Pero esta vez fue distinto.

Esta vez decidió concederse unos segundos para ir despertándose y ser consciente de lo que era ese papel.

Alargó el brazo.

Y entonces el olor a tabaco desapareció, dando paso a otro olor peor, más nauseabundo y persistente, acompañado de un frío penetrante. La luz de la mesilla pareció ser devorada por una oscuridad infinita que emanaba del dormitorio.

La joven, nerviosa y demasiado despierta como para saber que esto no era un sueño, giró la cabeza lentamente.

Una figura alta, masculina y oscura, cubierta por una capa, la observaba.

No podía verle los ojos, ni los pies, porque sus piernas parecían perderse en un océano de brea. Su rostro no estaba definido, permanecía bajo la sombra de una capucha.

-¿Quién eres?-Dijo Tatiana, en un susurro, sin saber de dónde podía salirle la voz.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Acaso esa figura le había sonreído?

Estiró el brazo, también ensombrecido. Su intención era acariciar el pelo de la joven. Aquel sujeto no iba con rapidez, ni con deseos de hacer daño.

Era como si todo permaneciese bajo su control.

De pronto la hoja de la mesita se desplegó rápidamente y, como si una ráfaga de aire hubiese salido de la nada, salió disparada hacia donde parecía estar su cara.

La figura se quedó inmóvil, con ese papel perdido entre sus pliegues.

Una voz mecánica y cortante, dijo:

-Volveré mañana.

Y como si una fuerza apareciese de la nada, aquel ser fue tragado por la tierra.

Tatiana seguía inmóvil, en la misma posición de antes, intentando asimilar lo que había pasado.

El papel apareció en el suelo.

La luz de la mesita volvió a brillar.

Katenka se retiró el cabello rubio de sus ojos salpicados de arrugas. Estaba pensando rápidamente, de manera silenciosa. Berdy la contemplaba asustado.

No tenía que haberme casado con una bruja, pensó.

-Querida, ¿quieres que encienda la chimenea?-Sugirió, pero su comentario fue ignorado.

-¿Disfrutas rompiéndome los esquemas, querido?

Berdy tragó saliva.

-N-no... Mi dulce de miel, yo no pretendo...

-Te ha salido bien.-Dijo ella, lo que causó una oleada de alivio en el pecho de su marido.- Por una vez en la vida, te han salido las cosas bien. Y actuando por tu cuenta. Increíble.

Estaban en el salón. En una mesa estaban las cartas del tarot, algo descolocadas. Una vela grande y anaranjada se había apagado hace poco. La mujer, quien esta vez llevaba un vestido color granate y lleno de volantes, había adivinado que su esposo había ido a la tumba de Agafya.

-Tatiana no morirá.-Dijo Katenka, de espaldas a su marido.- Pero tampoco has espantado a Lucifer.

-¿No?

Esa pregunta la hizo enfurecer.

-¿¡Crees que un mortal es capaz de asustar al mismísimo Sanatás!?-Gritó ella, mirándole enfurecida y vocalizando demasiado.

-N-no, pero a ver... Mi amor, yo me refiero a que...

-Me dan ganas de llenarte la boca de cera.-Espetó ella, mirando la vela de encima de la mesa.- Si el Diablo se ha retirado no significa que se haya dado por vencido, significa que buscará otro camino por el que acceder a nuestra familia. A nuestro matriarcado... Te ha salido bien porque has conseguido que se retire, pero nunca te creas mejor que las fuerzas del Universo.-Hizo una pausa y añadió- O que yo. Estúpido.

-Pero hice bien lo del papel, ¿no?

-Exactamente, ¿qué pusiste?

Berdy miró a la alfombra del salón. Intentó hacer memoria.

-Mi alma te pertenecerá mañana.

-¿Nada más?

-No.

-¿SEGURO?

-¡Por favor, Katenka, lo juro!

-Lucifer vino esa noche a recobrar el alma de Tatiana. Pero ese papel, símbolo de un hechizo, le promete que su alma le pertenecerá al día siguiente. El

demonio volverá noche tras noche a reclamar lo que es suyo, y a su vez, noche tras noche se marchará con las manos vacías porque el papel especifica que será *mañana*.

-¿Y dónde está el problema?

-¿Qué ocurrirá cuando ese *mañana* llegue? ¿Crees que cuando llegue el fin de nuestra existencia, su alma estará a salvo?

-Será distinto.

-¿Distinto? ¿Se te ocurre un plan mejor? La magia de la familia es fuerte, pero ni todo el matriarcado es capaz de vencer a Lucifer.

-Podemos protegerla.-Hizo una pausa. Vosotras.-Se corrigió.

-¿Cómo?

-Se me ocurre de un sitio donde hay un hueco para ella. Tú también puedes entrar. Hay dos plazas libres, ahora que Nora y yo no...

-¿Insinúas que...?

Berdy afirmó con la cabeza.

-Piénsalo, querida. Es una chica inteligente, muy inteligente. No pertenece a este sistema. Es capaz de ver más allá. Es una chica que encajaría muy bien con la Asociación. Y es espiritual también, como nuestra Hermandad. Unka puede cuidar muy bien de ella.

La mujer no respondió.

Estaba pensativa.

Una semana después, Tatiana recibió una carta pequeña y amarilla de parte de su tía Katenka.

Mundo Viperino, 2017.

Alba Lobera Vallejo.